

RAFAEL CHIRBES

---

# *Mimoun*

TEXTOS DE CARMEN MARTÍN GAITE Y JORGE HERRALDE



Lectulandia

Un profesor de español llega a Marruecos con el vago propósito de concluir una novela. Se instala en Mimoun, un pueblo del Atlas, y allí se cierne sobre él un extraño tejido de relaciones en el que los personajes se mueven, tropiezan y desaparecen como bolas de un billar americano.

Francisco, Hassan, Aixa, Rachida o Charpent son para Manuel, el narrador-protagonista, seres enigmáticos sobre los que proyecta su propio desconcierto. Pero es Charpent, un misterioso exiliado, quien, con su proceso autodestructor, le ofrece a Manuel el contrapunto más exacto de su propio destino, resumido en las palabras de Rilke: «Oh, Señor, concede a cada cual su propia muerte.»

El Marruecos de *Mimoun* no es un marco exótico, sino un espacio palpitante y hostil donde los personajes buscan la fuerza necesaria para seguir viviendo. Escrita en un estilo contenido, más sugerente que indicativo, es al mismo tiempo una narración tensa y pasional que no oculta su pretensión catártica. Veinte años después de su primera edición, *Mimoun*, la primera novela de Rafael Chirbes, que fue tan bien acogida por la crítica y los lectores, sigue brillando en su narrativa como una joya de inquietante belleza.

**Lectulandia**

Rafael Chirbes

**Mimoun**

ePub r1.1

orhi 23.05.16

Título original: *Mimoun*  
Rafael Chirbes, 1988  
Fotografía de cubierta: Ana Griñón

Editor digital: orhi  
Corrección de erratas: oleole  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

El día 7 de noviembre de 1988, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Juan Cueto, Luis Goytisolo, Esther Tusquets y el editor Jorge Herralde otorgaron por unanimidad el VI Premio Herralde de Novela a *La quincena soviética*, de Vicente Molina Foix.

Resultó finalista Rafael Chirbes con *Mimoun*.

# EL SILENCIO DEL TESTIGO

por Carmen Martín Gaité

A medida que lo absurdo e irracional prolifera en torno nuestro y nos tambalea una creciente sensación de provisionalidad, más se nos van quitando las ganas de acudir a la literatura en busca de soluciones ni respuestas, y más agradecemos —o por lo menos yo— esa sombra ambigua y confortable de los textos que espejan nuestras propias perplejidades. Me refiero a esos relatos que no dejan clara la frontera entre lo vivido y lo soñado, entre el espacio y el tiempo, entre la verdad y la mentira, a los que Todorov, en su espléndido ensayo sobre la literatura fantástica, ha aludido como «textos de la ambigüedad».

«La fe absoluta, lo mismo que la incredulidad total», dice Todorov, «nos conduciría fuera de los dominios de lo fantástico. Es la incertidumbre lo que le da vida.»

Sí: lo que da vida al texto que ha ido surgiendo y lo que atrae al reticente lector. De la misma manera que cuando estamos en conflicto con nosotros mismos o con el mundo (es decir, casi siempre) nos puede ofrecer cobijo un amigo desengañado, pero nunca otro que no admita fisura alguna en sus convicciones y nos las proponga como panacea, así también hemos ido dando en desconfiar de tanto explicoteo lógico sobre la conducta, y en trances de zozobra preferimos pedir albergue a los autores que no parecen haber cogido la pluma soñando con tener razón ni con recibir respuesta alguna. Tal vez por eso la reciben, por no exigirla.

La mejor literatura ha sido siempre fruto de la perplejidad, un desafío a la lógica, un rechazo frente a las apariencias de lo necesario. Pero dentro de este enfoque, que (especialmente a partir de Kafka, inquilino y maestro sublime de la ambigüedad) ha tentado a muchos escritores noveles, hay —como en todas las cosas— empeños puramente artificiosos, vacíos y miméticos, y otros que desde el principio no suenan a hueco, sino que reflejan una lucha profunda y genuina por parte de la persona que los emprende y dan fe de una búsqueda de orden dentro del caos, a través de la cual se pone en juego la propia identidad amenazada de asfixia. Éste es el caso de *Mimoun*, la novela de Rafael Chirbes que quiero comentar brevemente.

Conviene decir, en primer lugar, que Rafael Chirbes no se ha convertido en escritor de la noche a la mañana, sino que lleva muchos años en esta búsqueda a la vez paciente y desesperada, ensayando el oficio, guardando en un cajón novelas que no le satisfacían del todo, podando su prosa de excrecencias innecesarias y viviendo sin prisas una etapa ascética de aprendiz exigente, hasta dar por buenas las 134 páginas que hoy edita Anagrama.

*Mimoun*, desde sus primeras líneas, consigue ese tono sugerente y misterioso con que aciertan a iniciar su relato los buenos narradores orales y cuya llamada envolvente despierta nuestra atención aletargada, esos —que no son tantos— a los

que pedimos enseguida, si hacen una pausa: «Sigue contando, por favor.»

Como nunca me ha gustado emitir una opinión como se emite un decreto-ley, antes de ponerme a comentar esta novela me parece oportuno reproducir sus doce líneas iniciales, que fueron el anzuelo por medio del cual me enganchó a mí, con la esperanza de que en otros aficionados a la literatura provoquen un eco parecido:

«Cuando tomé la precipitada decisión de vivir en Marruecos, no imaginaba que, en un país que había recorrido en varias ocasiones y que siempre me había parecido desértico, pudiese llover tanto. Sin embargo, aquel invierno que pasé en Mimoun llovió durante semanas enteras. El viento se ensañaba con las ramas de los árboles, y las ramas de los árboles, al moverse, torturaban mi imaginación. Conseguían, con su triste sonido, trastornar mis sentimientos y arrastrarme a estados de ánimo más propios de un adolescente que del hombre que, ya por entonces, era.»

Este narrador en primera persona, del que sólo sabremos que se llama Manuel, que antes de venir a Marruecos vivía en Madrid y que los cambios de clima repercuten notablemente en la ciclotimia de sus humores, navega por la novela presa de sus indecisiones, como en busca de claves o a la espera de algún acontecimiento exterior que justifique su permanencia en ese país extraño e irreal, un bosque de árboles aislados unos de otros y que le parecen guardar entre sí secretas y ocultas comunicaciones.

«Vagabundeaba por las calles tortuosas», dice en un momento determinado, «como si, a fuerza de andar, fuera a conseguir hacerme con las claves que me abriesen aquel mundo que imaginaba mágico.»

Pero estas claves no las encuentra en el paisaje, en la ciudad polvorienta y carente de estímulos, en la entrega al alcohol que va disolviendo progresivamente su voluntad, ni en los personajes igualmente borrosos e invertebrados con los que se va encontrando y con los que mantiene contactos furtivos, esporádicos e insatisfactorios. En *Mimoun* no solamente es extranjero el narrador, ni siquiera los europeos que le rodean y en cuyas mentes lucha el país que inventaron con aquel en que viven, sino también los propios marroquíes, que se temen unos a otros, que se ocultan unos de otros, poseedores de un código indescifrable cambiante como las señales de humo. Todos están perdidos y golpean suplicantes en el espejo del prójimo, requiriendo una imagen que les devuelva la propia identidad. Pero parecen estar cegados los conductos de información, más o menos inexacta, que suministra la fusión con los demás, y cada uno existe como imposibilidad de llegar a ser otro y confundiendo su punto de vista, su aliento y su cuerpo con el ajeno.

*Mimoun* es una novela de acidia, de empantanamiento, que puede emparentarse con la línea seguida por Carmen Laforet en *Nada* o por Ignacio Aldecoa en *Parte de una historia*. Al igual que estos autores, Rafael Chirbes ha delegado en Manuel para que observe y cuente lo que sucede a su alrededor; no lo ha ideado como protagonista de novela a quien van a sucederle cosas, sino que lo ha imbuido de las dotes del testigo. Durante el tiempo que transcurre desde su llegada a Mimoun hasta que

consigue abandonar esa ciudad que lo embruja y vampiriza, Manuel se siente más o menos implicado en historias fragmentarias y en conflictos ajenos que casi nunca sabe interpretar, de los que se defiende mejor o peor, de los que saca más o menos consecuencias, entre los que se disgrega y extravía. Pero a él no le ha pasado nada importante. Nada de nada.

Solamente al final, al ser capaz de romper el hechizo que lo retenía allí contra su voluntad, ha ocurrido algo que le concierne: se ha desatracado la ventana por donde el aire de la palabra —¡al fin!— se abre camino para ventilar el ambiente enrarecido del caos. Salen serpenteando los fantasmas que medraban con el moho de la estancia cerrada. Y Manuel ha conquistado la soledad y ha recuperado la voz. El resultado es esta hermosa e inquietante novela.

*Saber leer*, abril de 1989

# EDITAR A RAFAEL CHIRBES

por Jorge Herralde

## «MIMOUN», VEINTE AÑOS DESPUÉS

Después de la extraordinaria acogida de *Crematorio*, la última novela de Rafael Chirbes, parece oportuna la reedición «con honores de estreno», según la fórmula que popularizó la revista *Fotogramas*, de su primera novela, *Mimoun*, publicada en 1988, que gozó de una excelente acogida crítica y se reeditó muy pronto, pero llevaba un tiempo agotada. Los nuevos lectores que tan merecidamente ha conseguido Chirbes, tendrán la ocasión de conocer esta valiosa ópera prima.

Repaso el voluminoso sobre que contiene las reseñas que recibió *Mimoun* el año de su publicación. Me parece significativo mencionar los nombres de los críticos que acogieron una primera novela de un escritor desconocido de forma muy favorable y a menudo entusiasta. Por orden alfabético, constan en el dossier Ramón Acín, Javier Alfaya, Santos Alonso, José Ángel Bermejo, Constantino Bértolo, David Castillo, María Dols, Javier Goñi, Joaquín Marco, José Andrés Rojo, Francisco J. Satué, Mercedes Soriano. Otros críticos, muy pocos, optaron por su derecho a desafinar. Por ejemplo, Juan Carlos Suñén, entonces colaborador habitual del muy influyente suplemento de *El País*.

Quisiera destacar el texto que Álvaro Pombo, en su sección «Alrededores» de *Diario 16*, dedicó al autor: «Es emocionante siempre saludar a un nuevo narrador. Rafael Chirbes ha logrado en esta novela, no muy extensa, inventar una nueva voz y un mundo empapado de subjetividad, presidido por la emocionada percepción del paisaje, que el narrador contempla durante horas mientras el olor a tierra quemada invade el interior de la casa...» Y naturalmente a Carmen Martín Gaité, quien me había recomendado el manuscrito y nos había puesto en contacto, y que en su faceta de lúcida crítica literaria se ocupó enseguida de la novela en *Saber leer*, subrayando que entre los trabajos de los escritores noveles hay algunos «que desde el principio no suenan a hueco, sino que reflejan una lucha profunda y genuina por parte de la persona que los emprende y dan fe de una búsqueda de orden dentro del caos, a través de la cual se pone en juego la propia identidad amenazada de asfixia».

También cabe destacar la muy aceptable acogida internacional que tuvo una primera novela como *Mimoun*. La publicaron dos de mis más viejos compinches, dos excelentes editores independientes: Klaus Wagenbach en Alemania y Pete Ayrton (Serpent's Tail) en el Reino Unido, así como Microart en Italia y Rivages en Francia, que luego ha ido publicando toda su obra, mientras que en Alemania fue Antje Kunstmann la que tomó el relevo de Wagenbach con un éxito extraordinario, como comento en la entrevista realizada para *Kölner Stadt-Anzeiger*.

Julio de 2008

## ENTREVISTA SOBRE RAFAEL CHIRBES CON SU EDITOR JORGE HERRALDE

1. *¿Cómo recuerda la colaboración entre Anagrama y Chirbes? ¿Recuerda el primer contacto?*

Mi primer contacto fue a través de Carmen Martín Gaité, gran escritora y amiga, a quien los jóvenes autores consideraban nuestra consulesa en Madrid y la abrumaban con sus manuscritos inéditos. Carmen era tan generosa con su tiempo como exigente con la calidad de los textos. En muchos años sólo salvaron su severa criba dos primeras novelas: *La escala de los mapas* de Belén Gopegui y *Mimoun* de Rafael Chirbes, lo que demuestra su visión profética. En 1988 recibí *Mimoun*, que leí con entusiasmo: era una visión de Marruecos exenta de la bisutería y color local habituales y también una visión oblicua y crítica de la transición, alejada de toda quincalla triunfalista, y un retrato «en negativo» de su generación.

2. *¿Cómo cree que es su reputación en el extranjero? ¿Por qué cree que tiene tanto éxito en el extranjero, p.e. Alemania?*

Alemania es el país en el que Chirbes goza de mayor reputación. Reich-Ranicki lo seleccionó en dos ocasiones para *Das Literarische Quartett* y lo colmó de elogios y así también la crítica alemana. Recuerdo una que afirmaba que ningún escritor alemán se había acercado a la historia de su país con una mirada tan certera como la de Chirbes respecto a España. La editora Antje Kunstmann ha publicado toda su obra con gran éxito, con ventas de centenares de miles de ejemplares en varios títulos. También en Francia la editorial Rivages publica puntualmente todas sus obras con excelente acogida crítica. En total tiene obras traducidas a doce idiomas.

3. *¿Y en España? ¿Cree que el público se rige por las mismas impresiones y reglas que en el extranjero?*

En España la recepción de los mejores críticos ha sido inmejorable, *in crescendo* título a título. Y con respecto a su última novela, *Crematorio*, la opinión unánime es que es su mejor libro y una de las novelas mayores de la literatura española en muchos años. Cito la reseña de J. Ernesto Ayala-Dip en *El País* (27-10-07): «Ahora Chirbes nos entrega *Crematorio*, una novela en la estela de *La larga marcha* y *La caída de Madrid*. En la estela épica e intrahistórica que caracteriza a aquéllas, pero que en cuerpo introspectivo y solidez reflexiva incluso las supera.» Y otro crítico exigente, Santos Alonso, afirmó en su reseña de su novela anterior, *Los viejos amigos*: «Esa visión crítica total de la España de nuestro tiempo, que comenzó con *En la lucha final*, siguió con *La buena letra* y *Los disparos del cazador*, y culminó con *La larga marcha* y *La caída de Madrid*, se cierra de momento con *Los viejos amigos*, una novela dura que puede verse, ante todo, como la crónica devastadora de la

desolación, de las ruinas y los despojos de la utopía y la revolución.»

4. *¿Qué importancia tiene el autor para la editorial? ¿En qué consiste para la editorial lo especial o la calidad del autor Chirbes?*

Chirbes tiene para Anagrama un valor importantísimo, publicarlo es uno de mis mayores orgullos como editor y es una gran satisfacción haberle podido acompañar libro tras libro, y ya son diez, desde *Mimoun* en 1988 hasta *Crematorio* en 2007. Chirbes tiene la misma autoexigencia en sus novelas breves —*Mimoun*, *En la lucha final*, *La buena letra*, *Los disparos del cazador*— que en las novelas de gran tonelaje. —*La larga marcha*, *La caída de Madrid*, *Los viejos amigos*, *Crematorio*— y también en sus ensayos literarios recogidos en *El novelista perplejo* y en sus reportajes de *El viajero sedentario*.

Hace unos años me pidieron un texto para un homenaje a Chirbes y de inmediato se me ocurrió el título: *Rafael Chirbes: la voz de la verdad*. Y podría ahora añadir como sinopsis: En ningún otro escritor puede encontrarse una crónica de la historia desde la guerra civil hasta ahora mismo, con el nefasto *boom* inmobiliario, un tema que no es únicamente español, como es bien sabido. Así, Deyan Sudjic (director del Museo de Diseño de Londres) afirmó recientemente en frase lapidaria: «El *boom* de la construcción es el agujero negro por el que el mundo está desapareciendo.» Y durante el trayecto, pasando por la posguerra, la transición y el confort del acomodo, con el rigor (incluso la ferocidad) siempre presente, acompañados por la preocupación formal y la *verdad literaria* que son constituyentes de la escritura de Chirbes.

5. *¿Es Chirbes un referente representativo de la actual escena de la literatura española? ¿O por el contrario se le podría definir como uno de los autores independientes de movimientos, críticas literarias, foros e intereses editoriales (lo que en Alemania se define como un Aussenseiter)?*

Mi opinión personal es que en el área (ya un continente) de la autoficción y la metaficción (como etiquetas reductoras) los nombres de Enrique Vila-Matas y Javier Marías serían imprescindibles; en la zona pombiana, Álvaro Pombo es, naturalmente, el monarca absoluto; si nos adentramos en el ámbito realista, en su más amplio, variado y literario registro («su realismo es del mismo tipo que el defendido por Francis Bacon», escribió en feliz comparación el crítico Fernando Valls), pienso que muy pocos autores españoles podrían competir con Rafael Chirbes. Y también creo que se trata de un escritor insobornable, muy crítico, obviamente, con las fuerzas reaccionarias pero también con los presuntos progresistas que han traicionado sus ideales; un escritor alejado de los oropeles mediáticos, que no pertenece a ningún grupo de poder, ninguna camarilla de favores mutuos. Quizá por ello, pese a su prestigio, Chirbes no tiene aún en nuestro país tantos lectores como merece; al parecer, según me cuentan, pasa algo similar con Sebald en Alemania. Escritores que

resultan incómodos en sus propios países, indudablemente. En resumen, pues, Chirbes es un francotirador que dispara, con muy certera puntería, donde hace daño.

Kölner Stadt-Anzeiger,  
*Noviembre de 2007*

Mimoun

# 1

Cuando tomé la precipitada decisión de vivir en Marruecos, no imaginaba que, en un país que había recorrido en varias ocasiones y que siempre me había parecido desértico, pudiese llover tanto. Sin embargo, aquel invierno que pasé en Mimoun llovió durante semanas enteras. El viento se ensañaba con las ramas de los árboles, y las ramas de los árboles, al moverse, torturaban mi imaginación. Conseguían, con su triste sonido, trastornar mis sentimientos y arrastrarme a estados de ánimo más propios de un adolescente que del hombre que, ya por entonces, era.

## 2

Fez, en aquella primera semana de septiembre, se hundía, sucia, en un paisaje de matorrales resecos. Durante el día la ciudad parecía arder en una pesada calima gris y, por las noches, la luna, sobre el perfil de las colinas sembradas de tumbas y olivos, era de fuego.

Para un individuo cansado y deprimido, resultaba poco menos que imposible moverse en el decorado asfixiante de la ciudad y vagabundear por absurdos despachos, persiguiendo una plaza de profesor en aquel edificio universitario que había sido cuartel, y en cuyo patio pastaban las vacas y picoteaban las gallinas. De los primeros días en Fez recuerdo el traqueteo de los viejos taxis que me conducían hasta la Universidad, y el polvo pegajoso y la tristeza de las hojas sucias de los eucaliptos.

Me había instalado en el segundo piso del hotel Jeanne d'Arc y aún no me atrevía a tumbarme en el interior de la descomunal bañera, por el que paseaban enormes cucarachas rojizas. Sentía una mezcla de fascinación y asco por el olor a orín, excrementos y especias de la decrepita medina, que todavía se me presentaba como un santuario maravilloso, aunque cerrado para el forastero. Vagabundeaba por sus calles tortuosas como si, a fuerza de andar, fuera a conseguir hacerme con las claves que me abriesen aquel mundo que imaginaba mágico.

Visitaba casi a diario a los otros cuatro profesores españoles que vivían en la ciudad y que compartían un piso cerca del Jeanne d'Arc, en la destartalada parte nueva. Pasaba muchas horas con ellos en las terrazas de los cafés del bulevar: en el Zanzi-Bar, en Le Maroc y Le Marignan. Desde detrás de las tazas veíamos pasar a los campesinos, a las mujeres fáciles, a los oportunistas que se disputaban un puesto en la administración, y, sobre todo, veíamos pasar las horas. Todo aquello nos parecía lejano e increíble. Como si las maltratadas casas coloniales sólo fueran un decorado, y las gentes que se movían entre ellas, extras de una película en el descanso del rodaje. Para nosotros, la ciudad no existía más que como un guión interminable, al que íbamos añadiéndole cada día nuevas secuencias.

Antes de la cena me despedía de los españoles y volvía a perderme en las callejuelas de la medina, más allá de Bab Boujouloud, y esperaba hasta la hora en que los carburos de las tiendas empezaban a desprender una luz blanquecina que silbaba sobre los objetos de cobre y los de cuero, sobre la plata y los montones de especias. Pensaba todavía que Fez era la ciudad más hermosa del mundo, aunque ya no sabía explicar el porqué. Como si un mar de tristeza hubiera inundado aquel laberinto luminoso, y los objetos y la gente hubiesen quedado sumergidos en él, y fueran, poco a poco, destiñéndose y dejando lamentables rastros de color.

A principios de octubre había acabado consiguiendo el trabajo y, sin embargo, no me sentía bien. Me pareció que me llegaba cuando ya era demasiado tarde y ni siquiera seguía estando seguro de querer vivir en aquella ciudad polvorienta. El perfume del estiércol anulaba el de las especias y había empezado a asfixiarme en las

terrazas del bulevar.

### 3

Me encontré con que tenía muy pocas horas de curso por semana y unas clases que exigían escasa preparación. Iba a disfrutar de tanto tiempo libre como quisiera; y eso, que en cualquier otra parte hubiera sido maravilloso, en Fez, encerrado en el pequeño círculo de los profesores españoles, me asustó más que alegrarme.

Había comprendido que no podría vivir nunca en la medina, en uno de aquellos caserones magníficos pero carentes de cualquier comodidad, sobre todo si debían ser habitados por una sola persona. Tampoco me seducía la idea de alquilar un apartamento en la parte nueva y dejarme envolver por la sensación de llevar una vida de europeo de tercera en un exilio odiado. Decidí marcharme a cualquier pueblo de los alrededores. En realidad sólo tenía que acudir a clase un par de días por semana y, aunque no tenía vehículo, podía instalarme fuera de Fez sin que me supusiera excesiva incomodidad. Pensé en Immouzzar, pero Alcira, uno de los españoles, me disuadió del proyecto: al parecer, durante el invierno, la carretera quedaba frecuentemente cortada por la nieve.

Fue él mismo quien me propuso Mimoun como lugar alternativo de residencia, ofreciéndose a llevarme en su coche para que lo conociera. Además, en Mimoun vivía un español con el que, si conseguía ponerme de acuerdo, podría compartir la casa hasta que acabase encontrando una por mi cuenta.

En los últimos días de estancia en Fez conocí a Ahmed y estrené la inmensa bañera del Jeanne d'Arc, después de que la hubiésemos lavado meticulosamente. Aún no sé de qué manera conseguía Ahmed colarse cada noche en el hotel y quedarse hasta la mañana sin tener que pagar un céntimo. Tenía una piel reluciente, como de goma, y vivía en una casa indefinida, detrás de un macizo de adelfas. Pertenecía al sector de los marroquíes fascinados por los automóviles europeos y los pantalones vaqueros. Pedía el café en francés y manejaba, con lo que él consideraba buen gusto, todos los tópicos que circulaban en la administración de la ciudad, y que no eran sino una caricatura detestable de las peores estupideces dejadas caer por los cooperantes franceses.

—A Fès, le meilleur café c'est au Zanzi-Bar. Moi, j'adore le café du Zanzi-Bar. Je le prends toujours là.

Allí, en el Zanzi-Bar, se dejaba saludar por hombres mayores que pensaban exactamente igual que él. Yo no soportaba aquel ambiente. Fue por entonces cuando empecé a comprender que la mayor parte de las charlas de café entre marroquíes de clase media se referían a dinero. Aprendí la palabra flus y me enteré de que era de buen gusto jugar al tiercé. Las emisoras de radio transmitían en directo las carreras de Longchamps, el domingo por la tarde, y aún no he conseguido saber de dónde sacaban los fasíes el dinero para comprar las botellas de Johnny Walker, que se bebían en desvencijados automóviles en los que se encerraban con alguna mujer.

No podía enamorarme de Ahmed, a pesar de su cuerpo. Ni siquiera lo soportaba cuando estábamos en la cama y paseábamos por una ciudad llena de conocidos tan triviales como él. Dejamos poco a poco de vernos. Probablemente, Ahmed se aburría conmigo tanto como yo con él. Además, yo estaba preparando mi huida a Mimoun. Había hecho una breve excursión con Alcira, había conocido a Francisco, el español de Mimoun, y, bueno, digamos que Fez había dejado de interesarme.

Llegué a Mimoun muy entrado el otoño, cuando los días eran más cortos y frescos, habían caído las primeras lluvias y las hojas de los árboles empezaban a tomar maravillosos tonos de oro. Fue un buen comienzo el encuentro con la tierra roja y húmeda, y con el cielo limpio como un esmalte. Me estimulaban el olor de la leña quemada, la pureza del aire y el perfil de los alminares recortándose limpiamente contra el cielo.

Me había instalado en la casa de Francisco, que todo el mundo conocía como Creuse du Bon Dieu porque había sido construida junto a un barranco con la finalidad de servir como iglesia católica y vivienda de un misionero francés. El misionero, en su afán por convertir a los musulmanes, había elegido para edificar su casa-misión el borde del camino que conducía al morabito situado en lo más alto de la montaña, en el que se guardaba la tumba de un santo milagrero, objeto de veneración por los fieles islámicos, Sidi Ahmed Al-Qarim.

La casa, aunque no demasiado cómoda, era una hermosísima mansión de grandes bóvedas y ventanales de medio punto a través de cuyos vidrios se contemplaban la arboleda, el pequeño pueblo blanco apretado bajo los alminares y la línea azul y misteriosa del Atlas, flotando a lo lejos, suspendida del cielo.

Los primeros días fueron inolvidables. Detrás de las vidrieras las hojas se iban volviendo cada vez más amarillas, y bandadas de aves blancas se escapaban precipitadamente hacia el sur, llenando la casa con sus melancólicos chillidos.

Una mañana apareció nevada en la lejanía la mole fantástica del Bou Iblan y el frío nos obligó a encender las salamandras de las habitaciones, en un esfuerzo relativo por luchar contra el viento que se colaba a través de las desvencijadas ventanas. El olor a leña quemada invadió el interior de la casa, todo pareció recogerse aún más en torno nuestro, y aquel día nos quedamos durante horas contemplando el paisaje, a la espera de que la luna se levantase en el horizonte detrás de la imprecisa cordillera nevada.

La luna vino como una joya exquisita.

Francisco daba clases en el instituto del pueblo y dibujaba a lápiz en unos grandes cuadernos amarillos. Hacía años que vivía en Mimoun, tras haber obtenido en España algunos modestos triunfos como escultor. Pero, poco tiempo después de su llegada, había abandonado la escultura y sufría cada vez que encontraba la ocasión de recordarlo.

—Me vine aquí para trabajar tranquilo —decía—, y ya lo ves. Ahora sé que nunca volveré a esculpir. Este país te quema.

Le gustaban las escenas bien construidas y solía hacer coincidir el veredicto final sobre su vida con un gesto por el que acercaba la llama de la cerilla a la punta del

cigarrillo de hachís.

—La indolencia marroquí —decía entonces, soltando la primera bocanada de humo y ofreciéndome el cigarrillo—. La puta indolencia marroquí. En este país hay un virus del que nadie se libra. Al final, te vuelves moro.

Se levantaba y se ponía frente a mí con los brazos abiertos, como si alguien acabase de crucificarlo. Era un cristiano martirizado. Llevaba su frágil cuerpo de pájaro envuelto en una gandora.

—¿Es qué no lo ves? Yo soy ya más moro que español. Allí no tengo nada que hacer. No podría volver a adaptarme. Sé que no puedo volver. He cavado una tumba de la que no me puedo escapar.

Le brillaban los ojos como si hubiese empezado a llorar. Se deslizaba, encima de sus inmensas babuchas amarillas, hasta el tocadiscos, poma una canción bereber, y luego se dirigía a la cristalera de levante, que se abría sobre el pueblo, la llanura y el perfil inquietante del Atlas. En la media luz de la noche recién llegada, la luna navegaba ya sobre los montes.

—Aquí, al menos, tengo esto —decía extendiendo las manos hacia el vidrio de la ventana—. Esta paz. Esta luna maravillosa. Ven. Ven y mírala.

Me conducía junto a la ventana, volvía a ofrecerme una calada del cigarrillo que agonizaba y me hacía mirar la luna, que parecía apuntarnos a nosotros con sus cuernos de plata. La habitación, con el tocadiscos a todo volumen, se llenaba de tantames y gritos bereberes, el fuego de las salamandras temblaba y los objetos de cobre y madera, comprados en lejanos zocos del sur, parecían crecer irremediabilmente.

Era la hora de la cena. Frente a la casa se había encendido la luz de una vivienda cercana, que fue en su día de la criada del misionero y ahora ocupaba un francés extraño que apenas movía la cabeza para saludarnos.

—Durante mucho tiempo pensé que Charpent era mudo —decía Francisco—. Después me enteré de que no: trabaja como profesor en una escuela privada en Fez. Cierta día, al pasar a mi lado, emitió un sonido inquietante, como si alguien acabase de darle una patada en el estómago. Es lo más próximo al lenguaje articulado que he llegado a escucharle.

Apenas recibía visitas. A veces aparecía con un par de tipos malcarados y dos muchachas con aspecto de prostitutas. Se encerraba durante horas en la casa, de la que se escapaba una música ramplona. Los visitantes salían de madrugada organizando un fuerte escándalo. Después, durante semanas enteras, nadie visitaba a Charpent, que aparcaba —casi furtivamente— el coche cerca de la puerta y entraba sin levantar la cabeza. Francisco y yo estábamos convencidos de que, en esas largas temporadas, bebía a solas. Tenía la cara llena de manchas rojas y de escamas. A los dos nos daba pena. A Francisco, además, le daba miedo.

—Es tan misterioso... —decía—. ¿Te has fijado en sus ojos?

Yo no había tenido la oportunidad de vérselos hasta entonces.

Mi trabajo resultó ser verdaderamente cómodo. Descendía a Fez para las clases sólo un par de veces por semana, y lo hacía utilizando el servicio de taxis colectivos. El resto del tiempo lo pasaba en Mimoun, sin salir apenas de casa. Leía, ultimaba los detalles de la novela empezada en Madrid y tenía la cabeza llena de ideas que habrían de servirme para un nuevo libro. Había dejado de beber: sólo tomaba el té con menta que nos preparaba Rachida, la mujer que venía a diario para hacernos la limpieza.

Todo estaba en orden. Francisco hacía proyectos acerca del modo en que debíamos cultivar el jardín cuando llegase la primavera, mientras yo pensaba a todas horas en buscar cuanto antes una casa para mí solo. Tenía ganas de empezar el disfrute de esa independencia, cuya búsqueda me había llevado hasta Mimoun. Además, presentía que aquella felicidad no podía durar demasiado.

Algunas veces, Ahmed se hacía el encontradizo y aparecía vagabundeando cerca de la parada de taxis, en Fez, en la Plaza del Atlas. Nos sentábamos en alguno de los bancos de la plaza, bajo las enormes jacarandas; o tomábamos algo en el Café del Atlas, que a Ahmed no acababa de gustarle porque lo encontraba poco elegante.

A mí me parecían muy hermosos sus espejos, con el azogue quebrándose y las pequeñas motas negras que habían dejado por todas partes las moscas. Aquellos espejos habían de reflejar, cuando llegase la primavera, las flores azules de las jacarandas, que parecían nacer de la niebla de la mañana, colgadas de los árboles aún desnudos. En Marruecos habría de enamorarme de ese árbol que florece antes de echar las hojas.

Los imprevistos encuentros con Ahmed terminaban en alguna de las habitaciones del Jeanne d'Arc. Hoy recuerdo con melancolía el grifo que llenaba con agua tibia la bañera descomunal y el vaho que crecía sobre el agua hasta ocupar toda la habitación. Entre la niebla surgía el cuerpo desnudo de Ahmed como, en primavera, en la Plaza del Atlas, brotaron meses más tarde las flores azules de la jacaranda.

Ciertos atardeceres, ya en Mimoun, y antes de iniciar el ascenso a pie hasta la Creuse, me detenía en alguno de los bares del pueblo para beber. Mi presencia en aquella ciudad apartada causaba una mezcla de curiosidad, simpatía y desconfianza. Mimoun había sido, años antes, un importante centro comercial que se fue desmoronando poco a poco. Los franceses se habían marchado al día siguiente de la independencia, y los últimos judíos abandonaron la ciudad cuando estalló la guerra del Yon Kipur. Quedaba sólo un par de hebreos, propietarios de despachos de alcohol, y denostados.

Cuando yo conocí Mimoun, el barrio francés, con sus villas decó, estaba casi abandonado. Las casas más elegantes habían sido ocupadas por marroquíes enriquecidos que destruían la vieja arquitectura para adaptarla a su modo de vida. Otras villas envejecían, abandonadas, entre jardines que un día fueron magníficos y que ahora habían sido invadidos por la maleza. Entre los matorrales se levantaban

todavía sofisticados árboles ornamentales, como restos del antiguo esplendor.

Por otra parte, en el corazón de la decrepita medina, el que fue floreciente mellah se había ido convirtiendo en el barrio de los prostíbulos, y los soldados borrachos orinaban en sus callejas y las chinches se reproducían en silencio bajo el forro de los colchones de paja. Mimoun era una ciudad muerta que sólo se animaba durante el zoco de los jueves, cuando la tomaban al asalto los bereberes del campo cercano, con sus reatas de asnos, sus ovejas y cabras, y las cestas llenas de huevos.

Creo que esa decrepitud de la ciudad se transmitía a sus habitantes, y que los desconchados de los cafés se correspondían misteriosamente con las arrugas de los trajes de los clientes. Esa decrepitud se me fue poco a poco agarrando al alma, y mis estancias en los bares del pueblo empezaron a prolongarse, y comencé a subir, cada vez con mayor dificultad, la cuesta que conducía hasta la casa.

Cuando me di cuenta, había vuelto a beber como en Madrid y permanecía durante largas horas apoyado en la barra de los bares, donde me enfrentaba con nuevas ofertas de amistad cada día, y tenía que escaparme de frecuentes invitaciones que no me atraían. A mi pesar, me había convertido en la novedad de aquel otoño en la ciudad muerta, que sólo animaban los militares del cuartel cercano.

A Francisco no le gustaba que bebiese con los marroquíes. «No saben beber. Se ponen bordes», decía, «y lo único que puedes sacar de esas historias es meterte en un buen lío.» Creo que tenía miedo de que yo empezase a llevar a mis nuevos amigos a su casa. Le asustaba perder una intimidad tozudamente conseguida. Él prefería subir, al atardecer, a un café cerca del morabito, donde los jóvenes del pueblo fumaban y cantaban. Allá arriba, el humo del kif mezclaba ambiguamente a los adolescentes con los soldados del cuartel.

El café del morabito no estaba bien visto entre mis compañeros de barra, que siempre se referían a él con sonrisas desdeñosas y con risitas que parecían aludir a cosas que nadie me explicaba, pero que yo suponía. Sin quererlo, Francisco y yo habíamos conseguido no estorbarnos el uno al otro, por el método de introducirnos en mundos que no tenían contacto entre sí.

Por entonces me enteré de que nadie en Mimoun aceptaría habitar la casa en que vivíamos. Guardaba un misterio y había sido marcada por una maldición. Al parecer —según me contaron en el bar—, los fieles musulmanes se habían vengado del misionero que intentó arrancarlos de su religión y de la veneración a Sidi Ahmed Al-Qarim y, valiéndose de complicadas artes, habían conseguido que acabara volviéndose loco.

—Durante meses, aulló todas las noches como un perro, y sus alaridos llegaban hasta la misma puerta del morabito, atemorizando a los peregrinos.

Se quedó sin nadie. La criada abandonó la cercana habitación que luego ocuparía Charpent, y los fieles que subían a visitar al santo preferían dar un rodeo antes que

acercarse a la casa maldita. Sólo los perros merodeaban alrededor de las ventanas cerradas, atraídos tal vez por los aullidos del misionero. Poco a poco, se hizo el silencio y empezó a apoderarse del barranco un hedor insoportable. Al final, los perros ya no pudieron resistir su ansiedad, saltaron a través de las ventanas rompiendo los vidrios, y se instalaron en la casa. Días más tarde, los gendarmes encontraron la cabeza del cura colgada de una cuerda en el centro del salón. El resto del cuerpo, hasta los hombros, había sido devorado por los perros.

## 6

Cuando me enteré del final del antiguo propietario de la casa, me dieron miedo los perros que merodeaban a su alrededor. Tropezaba con ellos —amenazadores o huidizos— cuando subía la cuesta después de mi habitual paseo por los bares. Las noches en que había bebido más de la cuenta, daba voces para espantarlos y, luego, a la mañana siguiente, me avergonzaba pensando que alguien podía haber oído aquellos gritos.

Habían empezado las lluvias en Mimoun, y se estaba bien en casa, escuchando el ruido que hacían las gotas al estallar contra el tejado y los vidrios de las ventanas. Francisco había conseguido un viejo piano y unas carpetas de partituras, y se pasaba el día tocando cosas de Satie, Schubert y Chopin. Teníamos, además, una buena discoteca clásica, algunos libros y la mujer que acudía cada mañana para prepararnos la comida y mantener las cosas en orden.

La tierra de Mimoun era de color rojo y, a pesar de que me había comprado unas botas que me llegaban hasta la mitad de la pantorrilla, siempre llevaba las perneras del pantalón llenas de salpicaduras. El camino hacia la casa se convertía periódicamente en un barrizal que atravesaban los perros como sombras fugitivas. Los veía romper los charcos bajo las bombillas amarillas y, de noche, ladraban sin cesar cerca de la casa. El frío del invierno había agostado la hierba del espacio que hacía las veces de jardín y que separaba la Creuse de la vivienda de Charpent. En cuanto dejaba de llover algunos días, oía el ruido de las patas de los perros, que trotaban durante toda la noche sobre la hierba reseca. Ese ruido me desvelaba algunas veces y, otras, se metía en mis pesadillas.

Soñaba con perros que invadían el jardín y escuchaba sus pasos desde el dormitorio. Había uno, especialmente grande y sucio, que rascaba entre las hierbas y caminaba, cada vez más cerca de la ventana, con pasos amenazadores. Poco a poco, las paredes de la habitación se iban volviendo transparentes y lo veía mirar hacia el interior del cuarto, como si tuviese intenciones de saltar de un momento a otro. Yo gritaba con el propósito de asustarlo; quería que se diera cuenta de que la casa no estaba vacía; de que no debía entrar. Gritaba con todas las fuerzas, pero de mis labios no salía ningún sonido. El perro acababa saltando a través de los cristales y de los postigos cerrados, que se abrían sin oponer resistencia, suavemente y en silencio. Se situaba entonces a mi lado, muy cerca, hasta que podía sentir su aliento húmedo y caliente sobre mi rostro. Era inútil que siguiera gritando, porque no conseguía emitir sonido alguno, a pesar de que oía su ronroneo contra mi oído y su lengua empezaba a lamer mis labios mudos.

Cierta vez, me desperté a tiempo de escuchar mi propio grito, aquel que nunca alcanzaba a oír en sueños. Entonces descubrí a Francisco de rodillas junto a la cama.

—Gruñías en sueños como si fueses un perro —me dijo—, y rascabas con las uñas la esterilla de cañas que hay bajo el colchón.

Así fue como descubrí que era yo mismo el perro que me perseguía por las noches. Me eché a reír, y me levanté para fumar un cigarrillo con Francisco. A pesar de la risa, tenía la respiración agitada por el miedo.

Francisco había empezado a tocar al piano algo de Satie, sutil como un monólogo de solitario pronunciado a media voz, que apenas rompía el silencio de la noche. Pensé en el antiguo propietario de aquellas carpetas. Qué vida pudo haber llevado en Mimoun. Durante cuánto tiempo. Francisco había adquirido las carpetas en el funduk de la ciudad: un almacén destartado que los pastores y campesinos bereberes utilizaban como establo cuando bajaban a Mimoun para el zoco de los jueves. En aquel solar, al lado de los asnos, de las ovejas y las cabras, se almacenaban cajas rotas, viejas salamandras de hierro colado, con diseños exquisitos, y muebles hermosos, aunque desvencijados, construidos en el mismo estilo de los que adornaron las mejores casas de París o Londres, allá por los años veinte y treinta.

En el miserable bric-à-brac del funduk, había conseguido Francisco su piano, sus partituras y algunos de los escasos muebles repartidos por las habitaciones del caserón. Había una gigantesca librería de caoba, casi vacía, que ocupaba exactamente una de las interminables paredes, como si hubiese sido diseñada a medida; y también la mesa que Francisco había elegido para el salón era de tales dimensiones que sólo en una casa como aquella podía encontrar su lugar.

Mientras me fumaba el cigarrillo, sentado sobre los cojines esparcidos por el suelo, al lado del piano, me invadió la certidumbre de que la mayor parte de los objetos usados que Francisco había ido acumulando fueron fabricados para ocupar precisamente el lugar que ocupaban ahora, y que incluso la música de Satie se adaptaba a aquel espacio como si estuviese acostumbrada a vivir en él.

Francisco había dejado de tocar, se acarició las manos delgadas, en las que se marcaban todos los huesos, y sonrió.

—¿Qué ocurre, hombre-perro? ¿Te encuentras mejor, o te molesto con esta música?

Le dije que no me molestaba, y él aprovechó para hablarme, como ya lo había hecho en otras ocasiones, de la belleza de la música de Satie y del encanto de las noches de invierno en las que cruzan nubes vagabundas como barcos fantasmas, que, a veces, ocultan la luna y dejan el mundo aún más en silencio.

—Toma, fuma de esto.

Me tendió un cigarrillo de hachís y se puso de nuevo a tocar. Parecía un pájaro, doblado ante el piano, tan frágil, con los escasos cabellos revueltos y la nariz afilada. Me dio pena verlo así, envuelto en el celofán de la inocencia, acariciando, al pasarlas, aquellas hojas envenenadas. Pensé que no debería contarle nunca la leyenda del misionero que quiso conquistar el alma de Mimoun. Miré la larga mesa, la librería de caoba y las ventanas con sus vidrieras que la noche volvía opacas.

—No sé por qué —le dije—, pero siempre me han dado pánico los perros. Y hay tantos por aquí.

En la Universidad de Fez cualquiera podía morir de aburrimiento. Los alumnos no pensaban más que en la posibilidad de encontrar un empleo cuanto antes, para poder mantener con un sueldo del Gobierno a toda la familia. Mientras llegaba ese día, vivían sórdidamente en los pabellones universitarios, donde ocupaban habitaciones mal ventiladas, repletas de ropa tendida y de cacerolas sin fregar. La mayoría de los habitantes de la llamada Ciudad Universitaria eran becarios del Estado que enviaban casi todo el importe de la beca a sus familiares asfixiados por la miseria en aldeas perdidas, cuyos nombres no estaban escritos en ningún mapa y por las que no pasaba carretera alguna.

Los profesores franceses —que dominaban en el Departamento de Español— sólo querían ahorrar unos miles de francos cada mes, con la esperanza de montar un negocio familiar, de vuelta a la patria, o de adquirir una maison de campagne, que iban amueblando con los cobres y tapices que exportaban cada verano. Los pocos marroquíes que daban clases en el Departamento se limitaban a pavonearse en las barras de los cafés del bulevar, y a procurarse botellas de whisky para beber con las alumnas. Hablaban un español más próximo al de Millán Astray que al de Cervantes, no disimulaban su complejo de inferioridad ante los europeos, y se entretenían contándose chistes sucios.

—Tu vois la plus petite? Celle du blue jeans? Je l'ai tapée l'autre nuit. On était six à la chambre et on a bu quatre bouteilles de whisky. Les trois filies, provenant des meilleures familles de Fès, étaient, toutes les trois, nues.

Los españoles soportábamos mal aquel ambiente cuartelario, que procurábamos frecuentar lo menos posible, y del que sólo parecía escaparse un profesor recién llegado que mostraba interés por la literatura española y un extraño orgullo de marroquí. Su nombre era Abd-el-Jaq, que quiere decir Esclavo del Verdadero, por lo que me parecía tan bello como su actitud.

Al poco de conocernos ya éramos buenos amigos. Fui dejándole algunos de los escasos libros que había llevado conmigo a Mimoun, y otros que me habían ido llegando luego, enviados por los amigos que seguían en España.

Charlaba con Abd-el-Jaq después del trabajo y nos acostumbremos a visitar, entre dos clases, los chiringuitos instalados en los pasillos de la Universidad por los chauch, donde vendían huevos cocidos con comino, pan correoso y vasos de té con hierbabuena. Yo había invitado a Abd-el-Jaq para que conociese la casa de Mimoun en que vivíamos, a pesar de que no estaba del todo convencido de que a Francisco le agradara la visita y temía que terminase en un tremendo malentendido.

Cuando Abd-el-Jaq vino por fin a Mimoun, se negó a visitar la casa de la Creuse. Dijo: «Otro día», y buscó con su meñique el mío. El taxi se había detenido en el jardín de Bab Marwan, junto a la puerta de la muralla. A pesar del frío, los niños jugaban en la explanada, peleándose con las primeras sombras de la noche. La radio

había transmitido un boletín de noticias, y luego sonó la voz perfecta de Um Kultum, mientras nosotros nos hundíamos, cogidos de la mano, en las sórdidas calles del mellah. Tomamos un té para combatir el frío, antes de detenernos frente a una casa con las contraventanas pintadas del color de la sangre seca. Allí, Abd-el-Jaq eligió a una falsa pelirroja, con los dientes negros y las manos arrugadas. Yo me quedé con una muchachita de piel oscura y cabellos rizados y cortos, que apenas debía de tener dieciséis años y se parecía a la Sumurrut que Pasoliní eligió para Las Mil y una Noches. Era tan hermosa que daba miedo tocarla, pero, cuando se desnudó, su sexo dejó escapar un hedor insoportable.

Nos acostamos en dos jergones que estaban el uno muy cerca del otro y, mientras abrazaba a la maloliente Sumurrut, escuché los gemidos de Abd-el-Jaq y vi cómo sus nalgas se abrían y cerraban cada vez que penetraba a la mujer de los cabellos rojos.

Siempre he pensado que la mujer que se volvió a mirarnos cuando salíamos del burdel era Rachida, y que fue ese día cuando empezó a tratarme como un cómplice cada vez que Francisco la torturaba con sus manías. La verdad es que, fuera de casa, yo jamás reconocía a Rachida. Se cubría el rostro con un velo negro y llevaba el cuerpo envuelto en un keftán de color crema, idéntico al que utilizaban la mayoría de las mujeres de su edad.

No era vieja, aunque tenía la cara llena de arrugas y buena parte de sus primitivos dientes habían sido sustituidos por piezas de metal. Sólo sus brazos seguían siendo limpios, blancos y duros.

Cuando nos cruzábamos en la cuesta de la Creuse, se paraba a mirarme y me saludaba divertida.

—¡Manuel!

A veces casi tropezaba con ella sin reconocerla. Se paraba delante de mí y me sonreía desde detrás del velo.

—Est-ce que tu ne me reconnais pas?

Aquellos encuentros eran, para ella, un juego del que salía siempre vencedora. Le divertía mi torpeza, tan europea, y que nunca la reconociera. Los marroquíes no necesitaban verles la cara a las mujeres para identificarlas. Se fijaban en detalles que aún me pasaban desapercibidos y algunos de los cuales fui aprendiendo lentamente. Para Rachida, los nazarani éramos gente extraña, como niños inmaduros que hubiesen crecido de una manera poco natural. A veces pienso que le parecíamos sencillamente estúpidos.

Rachida había aprendido a obedecer de un modo ciego a Francisco y le complacía en todos sus caprichos, como se complace a un niño mimado. Creo que su opinión sobre los europeos procedía, en buena parte, de su trato con él. Conmigo empezó a mantener una actitud en algo diferente, tal vez desde que me vio salir del burdel en compañía de Abd-el-Jaq; o porque en otras ocasiones me había visto merodear cerca de los bares acompañado por gente de Mimoun a la que ella conocía. Para Rachida yo era un ejemplar ambiguo, capacitado ya para comprender, aunque sólo fueran algunas

pocas cosas: algo así como un embrión de marroquí que estuviese cubriendo favorablemente el proceso de su evolución.

Eso explica que me sonriera, a espaldas de Francisco, cada vez que éste le ordenaba cosas que a ella le parecían impropias de una persona madura: cuando se empeñaba en abandonar durante varios días las clases, se metía en la cama y le pedía que pusiese la mesa junto a la cabecera y que le sirviese la comida allí, en la habitación. Entonces, Rachida me miraba con pena, porque tenía que comer, también yo, en la habitación, plegándome al capricho de Francisco. Me sonreía como sonríe un esclavo a otro.

Francisco se pasaba semanas enteras en la cama. Desde allí alimentaba su misteriosa vida interior. Vigilaba las trayectorias del sol y de la luna, las variaciones en el color de las hojas de los árboles y los juegos de luces y sombras sobre la superficie de los muebles. A veces le oía llorar y, en otras ocasiones, lo descubría en estado febril, dibujando, en sus cuadernos amarillos, cuerpos en movimiento y rostros que había visto en alguna parte. Permanecía en silencio durante horas y, de repente, se ponía a gritar porque la estufa humeaba en exceso, o porque no había leña suficiente en el capazo, junto a la salamandra; otras veces se lamentaba porque todo estaba helado a su alrededor y se le quitaban las ganas de seguir viviendo.

—No soporto más este país —decía, sin venir a cuento—. Todos. Aquí te engañan todos.

Desde hacía años, luchaba, en un descabellado mano a mano, contra toda una nación.

Por la noche, lo oía levantarse y remover los cacharros de la cocina, y buscar algo en el mueble del salón. Suspiraba, creo que a propósito, cuando cruzaba ante la puerta de mi cuarto. Yo fingía dormir. Sus manías habían empezado a resultarme demasiado fatigosas, y hasta puedo asegurar que los días en que Francisco se encerraba y la inmensa casa se quedaba en silencio, me parecían una dichosa tregua. No estaba siendo fácil convivir con él.

Sus encierros terminaban de manera tan imprevisible como acostumbraban a empezar. De repente, una noche, se escuchaba una música cualquiera en el piano y la voz de Francisco que voceaba una estrofa inventada y absurda. Era la consigna que alertaba al otro habitante de la casa, a la naturaleza toda, y a un país que lo torturaba sin motivo, de que Francisco acababa de resucitar.

A la mañana siguiente, en cuanto Rachida llegaba a la casa, Francisco le encargaba una comida de fiesta y se iniciaba un revuelo que duraba hasta el anochecer. Los muebles cambiaban de lugar y desaparecían los tapices que habían adornado las paredes hasta entonces, y eran sustituidos por otros que salían no se sabe de dónde. La casa de Francisco era un almacén que yo apenas conocía. Estaba llena de viejas maletas, de baúles y de rincones polvorientos en los que se amontonaban tablas de madera, tejidos y esculturas a medio concluir.

—Rachida —trinaba Francisco—, pon muchas pasas en el alcuzcuz. Y compra

flores para darles un poco de alegría al salón y a mi cuarto. ¿Tú no quieres flores en tu cuarto, Manuel? Hace un mes que no veo más que miseria. Quiero ver algo alegre. Lo necesito. ¿Y qué otras alegrías puede uno tener en este país? Quiero disfrutar de las cosas que no podría tener en España. ¿Es que no os dais cuenta?

Rachida le obedecía en todo. Compraba flores y no escatimaba las pasas en el alcuzcuz. Era el día de la abundancia, en el que se negaban otros días que fueron tristes, aquéllos en los que Francisco le había gritado a Rachida por excederse en las compras.

—¿No ves que luego tiramos la comida? Vosotros, los marroquíes, os creéis que los europeos somos ricos —había dicho entonces—. Pero yo no soy francés. Soy español y, en ese sucio instituto, gano lo mismo que un marroquí y ni siquiera tengo dinero para ir a ver a mi familia.

Aquel día, Rachida había llorado sin demasiado convencimiento. Con el tiempo, se había ido acostumbrando a que un día fuese así, y al otro sobrara la carne del alcuzcuz, y se fuera la mitad del presupuesto de la semana en rosas.

Cuando Francisco tomaba la decisión de levantarse de la cama, era porque había vuelto a convencerse de que Marruecos era maravilloso y de que toda aquella gente, incluso la que no conocía, estaba ofreciéndole lo mejor de sí misma, aunque él no sabía agradecerlo. Francisco no conocía los sentimientos intermedios y saltaba del papel de víctima al de verdugo. Ambos se le daban bien.

—Son tan nobles, tan ingenuos —decía, y para probarlo, recordaba alguna anécdota vivida en cualquier lejana aldea, junto a cualquier camino olvidado; y se convencía de que todo a su alrededor estaba dibujado con la misma perfección que los cuerpos humanos de sus cuadernos amarillos: la arboleda que descendía en zigzag hasta el pueblo por el camino que seguía el perfil del barranco, la mole del Bou Iblan, enterrada bajo un manto de nieve, y el cielo limpio de los últimos días del otoño del Atlas.

Cuanto caía la noche, y empujado sin duda por el deseo de hacer aún más perfecta la perfección, Francisco desaparecía de casa. Pienso que subía al café del morabito y que permanecía allí, fumando y cantando con los adolescentes hasta la madrugada. Luego, desde mi habitación, podía oír susurros entrecortados y una música suave que se mezclaba con los crujidos del somier.

En contra de lo que Francisco pensaba, Charpent resultó ser un tipo exquisito. Tuve la ocasión de conocerlo cierto día en que llovía a mares y yo me empapaba bajo un paraguas que poco podía hacer contra el temporal. La cara de Charpent, detrás de la ventanilla del automóvil que acababa de detenerse a mi lado, brilló bajo el diluvio con la esperanza de luz de ciertos pasajes bíblicos.

Me acompañó hasta Fez y, una vez allí, se negó a dejarme en la Plaza del Atlas. A pesar de mis protestas, me condujo hasta la puerta de la Facultad. En el trayecto habíamos hablado poco; lo suficiente, sin embargo, como para que me diese cuenta de que tartamudeaba y de que ese defecto le avergonzaba.

—A quelle heure est-ce que vous allez sortir cet après-midi? —se ofreció antes de despedirse. Yo rechacé el ofrecimiento.

Sin embargo, a la salida de clase, volví a encontrarme el viejo Renault amarillo de Charpent aparcado frente a la Facultad, como si no se hubiese movido de allí en todo el día.

Le propuse que tomáramos una cerveza antes de subir a Mimoun, y aceptó. Bebimos una docena de cervezas cada uno, en el bar de una judía, cerca del bulevar de Fez. El local era si u estro: la música estaba demasiado alta y los bebedores se empujaban, se cogían de la mano, o se besaban en la mejilla, gritando como si fuese cada vez la última cerveza de su vida. Cuando salimos del bar era ya de noche. No sé cómo pudo escapársenos tan rápido el tiempo, porque Charpent hablaba poco. Se bebía las cervezas de un trago, a la marroquí, y canturreaba en voz baja las canciones que sonaban por los altavoces.

A Charpent le gustaba la poesía. Me había enterado cuando lo encontré a la puerta de la Facultad, protegiéndose de la lluvia dentro del coche; al verme había alargado el brazo y había dejado caer sobre el asiento trasero el volumen de *Capitale de la douleur* que había estado leyendo hasta que golpeé en la ventanilla para llamar su atención. En el bar de la judía, mientras tomábamos aquellas cervezas que parecían agua con jabón, me contó que había publicado en Francia un par de libros de poesía.

—Mais, de tout ça, il fait déjá quelque temps. On dirait que tous ces souvenirs appartiennent à une vie antérieure que s'est tout à fait évanouie.

Conducía como si lo hipnotizase el vaivén del limpiaparabrisas. Estaba borracho y tartamudeaba aún más que en el bar. Yo también estaba borracho, aunque hubiera podido seguir bebiendo toda la noche. Tenía sed y escuchaba a Charpent muy lejos, como si me hablase exactamente desde el fondo de aquella otra vida anterior, desvanecida. Todo era suave y lejano.

También la carretera se borraba bajo la noche y la lluvia. Me sentía fatigado, soñoliento: no sabía si cansado o cobarde —las, ou lâche, acababa de decir Charpent—, viendo pasar el asfalto y sintiendo el tiempo como un río bajo mis pies, una carretera que se escapara hacia un destino tan imprevisible como absurdo.

—Des livres, des mots. Je ne sais pas ce que je suis venu foutre ici, dans ce misérable trou. Je ne sais pas ce qui m’y retient encore. Maintenant, je suis malade. Vous savez? C’est Rilke qui l’a dit: «Ô Seigneur, donne à chacun sa propre mort.» Mais vous le connaissez, bien sûr.

El campo, en la noche, era como un mar que se levantara alrededor del automóvil. Mimoun estaba a un paso. A lo lejos brillaban, entre la niebla, las luces de Batij, en la ladera de una ola negra. Pronto entraríamos en la Avenida de los Plátanos y navegaríamos bajo la osamenta blanquecina de los árboles sin hojas, como carcasas de ballenas fosforescentes ahogadas en aquel naufragio atroz que acabaría llevándose todo. Un perro cruzó delante de los faros, antes de que Charpent detuviese el automóvil, abriera la portezuela y saliera dando traspiés al exterior. Lo escuché vomitar bajo la lluvia y, a continuación, el ruido pesado de su orina se confundió con el chasquido del agua. Yo también bajé a orinar e hice esfuerzos vanos por devolver, pensando que la angustia que me invadía se debía sólo a que la cerveza me había sentado mal.

—Les chiens. Je les hais —dijo Charpent, al volver al coche.

Le caía la lluvia por la frente, como si fuese sudor.

—No es cansancio —pensé yo—; es cobardía, miedo.

Habían empezado a rodearnos las luces amarillas de Mimoun y tuve la impresión de que pedían algo de nosotros: de Charpent, de Francisco y de mí mismo; algo que sólo el viejo y loco misionero les había llegado a dar.

Apenas escribía. Durante las últimas semanas no le había añadido más que unas pocas líneas nuevas al libro; en vez de escribir, cortaba y corregía. Era un trabajo que ejecutaba con desgana, sin ilusión. Cada vez se hacían más breves e irregulares los ratos que pasaba ante la máquina de escribir. Me sentía cansado, tenía sueño y sed; además, después de varios meses en Marruecos, había dejado de pensar que resultaba creíble la historia que me había parecido tan importante contar cuando vivía en Madrid.

Madrid era un punto insignificante en el mapa y mi libro, algo perdido en algún rincón invisible de ese punto. Me había acostumbrado a leer en la cama y bebía demasiado.

Cada día me hacía el propósito de no volver a pisar los bares de Mimoun, donde me rodeaba de gente que no me gustaba y que incluso empezaba a provocarme un sentimiento que se parecía mucho al miedo. Sin embargo, al atardecer, no soportaba quedarme en casa, mientras las sombras de la ventana se iban alargando sobre las paredes y la luz se volvía más frágil, como de vidrio. Pensaba, entonces, que acababa de perder un nuevo día. No hubiese sabido explicarle a nadie en qué habían de distinguirse esos días perdidos de otros que podrían ganarse, pero allí, en la Creuse, una vez que Rachida se había ido, empezaba a sentirme acobardado.

Tenía que buscar la esperanza fuera, por detrás de los cadáveres de los plátanos, de las arruinadas casas del barrio colonial y de los cristales esmerilados del bar. ¿Qué clase de esperanza podía encerrarse allí?

Había ocasiones en que la soledad de la Creuse me daba miedo. Otras veces oía el ruido de la puerta, abriéndose de un modo especial que yo conocía perfectamente. Francisco introducía la llave con más cuidado y empujaba la puerta procurando que no produjese ningún ruido al abrirse. Eso quería decir que no volvía solo y que estaba tácitamente desaconsejada mi presencia en el salón, y aún más en el cuarto de Francisco. Jamás habíamos hablado de cuál debía ser mi comportamiento en esas ocasiones, pero los dos sabíamos que tenía que ser así.

Me quedaba en mi habitación y procuraba no hacer ruido con la máquina de escribir. Era necesario que la casa permaneciese en silencio, a la espera de que comenzara a escucharse el sonido obsesivo de la música bereber, como un canto ritual de sacrificio. Oía los gritos y bandufes de los músicos, a los que se sumaban las voces de Francisco y su acompañante. Era siempre lo mismo: la canción bereber apoderándose de la casa silenciosa, el vaho del té y el humo del hachís deslizándose invisibles por debajo de las puertas y, para terminar, los gemidos que flotaban en el aire por encima del ruido irritante del somier.

Algo tan monótono como mis paseos al pueblo, en busca de no sé qué. Al principio llegué a vivir convencido de que buscaba a alguien; tuvieron que pasar muchos meses antes de que me diese cuenta de que había empezado a huir.

Había aprendido a desconfiar de las sonrisas y las invitaciones. Presentía que alguien a quien no conocía estaba tendiendo una red invisible en torno a mí, y que esa red crecía más y más, enredando las palmadas, las sonrisas y los vasos de aquella cerveza que sabía a jabón.

Me invitaban a demasiadas copas y me hacían demasiadas preguntas. Sabía ya que, en aquellos mostradores pegajosos, no había de encontrarme más que con los confidentes de la policía que buscaban una explicación a mi presencia en aquel pueblo desolado, a mitad de camino entre el mundo y el Sahara; y con los alcohólicos que se ensangrentaban las manos con los vidrios de los vasos rotos y cantaban, se peleaban y besaban, con un olor agrio que se me iba poco a poco contagiando. Me enteré de que, cuando por ese breve camino atravesaban la frontera de la miseria, se quedaban a vivir junto al río. Allí bebían alcohol mezclado con agua, hasta que alcanzaban el descanso de la locura o de la muerte.

—Ah! L'Espagne! Et c'est Madrid que vous habitez avant Mimoun? Vous n'avez pas bien choisi, Monsieur.

El alcohol hizo aún más difíciles las relaciones con Francisco. No soportaba que frecuentase, cada vez más, los bares. A veces hacía bromas tensas cuando me veía llegar borracho a casa. Lo habitual era que me mirase con mala cara y que acabara enfadándose, tomando como excusa algún otro motivo. La última discusión que tuvimos —y que me decidió a buscar, sin más dilaciones, una casa para mí solo— fue a causa de Charpent.

Francisco se puso insoportable cuando le conté que el francés me había acompañado a Fez en su coche, que habíamos estado bebiendo hasta tarde y que yo le había propuesto que eligiese una fecha para venir a comer con nosotros. Fue algo así como si acabase de violar algún pacto especialmente sagrado que hubiera, hasta ese instante, existido entre los dos.

—No quiero que entre en mi casa. Ese tipo trae mala suerte y no va a poner los pies aquí. Si quieres invitarlo, lo invitas a tu casa el día en que, de una vez, la tengas.

No sé con qué palabra le insulté antes de marcharme, dando un portazo, dispuesto a no regresar más que para recoger mis cosas. Reservé una habitación en la fonda del pueblo y me fui a beber hasta que cerraron el último bar. Llovía a mares; todo estaba mojado y sucio. Olía a lana de chilaba empapada. El barro lo manchaba todo: los zapatos, la pernera del pantalón, el anorak. Ya borracho, estuve a punto de caerme varias veces. Me dio tanto miedo quedarme solo aquella noche que acabé buscando una puta. Me siguió hasta la puerta del hotel guiada por las etiquetas de un par de botellas de vino que yo había tenido la precaución de esconderme en el anorak. El vigilante del hotel no vio las etiquetas, pero con la sagacidad que caracteriza a los hijos de los pueblos colonizados, descubrió la forma de las dos botellas bajo el impermeable. Hubo que dejarle una propina y algo de vino para que nos permitiese entrar. La puta, que estaba más borracha que yo, se pasó la noche ofreciéndose a depilarme el pubis, según la tradición marroquí, y suplicándome que la invitase a

comer jaluf en mi casa, como si el tocino fuese un adminículo imprescindible en el juego sicalíptico.

—Laisse-moi tranquille. Je n'ai pas de maison —dije.

Ella se puso a llorar con el último vaso de vino, y siguió llorando e insistiendo hasta el amanecer. No sabía francés y no podía entender ninguna de las explicaciones que yo intentaba darle. Al final se quedó dormida, acurrucada como una niña pequeña, con la cabeza pegada a mi ombligo.

—Il faut attendre à demain —me puse a canturrearle, como si fuese una nana—. Demain, inch Allah, tu auras ton petit bout de jalouf, et moi, j'aurais une grosse et belle maison. Est-ce que tu veux aussi un beau jardín, ma princesse?

La lluvia caía sobre el pueblo como un insulto. Las primeras luces grises de la mañana mojaban de tristeza las etiquetas de dos botellas vacías que yacían tumbadas en el suelo. En todo el día no iba a salir el sol.

La lluvia desplegaba toda la tristeza de Marruecos, sacaba las tripas enfermas del país y las tendía sobre las hortalizas embarradas de los mercados, los caminos intransitables y los cafés que apestaban a lana mojada y suciedad. Después, de repente, la lluvia se convirtió en nieve y pareció que nos purificaba a todos. Un silencio apacible se extendió por los jardines abandonados. Fue como si después de una larga enfermedad, hubiese al fin venido a visitarnos una vieja amiga. Los caminos se llenaron de mudas flores blancas. Los taxis de Bab Marwan arrastraban su cargamento humano rumbo a Fez, y los campesinos los miraban irse desde detrás de los cristales empañados del Café de la Poste.

Según supe más tarde, también Francisco se pasó el día tras los cristales de la ventana de su habitación, vigilando el camino de la Creuse, por si volvía yo. Rachida no fue a trabajar y, en mi cuarto, estuvo ardiendo la leña con su mugido suave, esperándome.

Yo no quería volver. Acepté hospedarme en la casa de uno de mis habituales compañeros de barra, que se llamaba Hassan y trabajaba como técnico en una explotación rural de los alrededores de Mimoun. Pasé el día bebiendo con él y, por la noche, dormimos juntos en una habitación helada. Antes de acostarnos, completamente borrachos, estuvimos besándonos de pie junto a las esteras de paja. La habitación olía a humedad y llevábamos el aliento descompuesto por la cerveza agria. Al despertar, vi que él se estaba masturbando y yo me masturbé, en silencio, a su lado. No nos dijimos ni una sola palabra. Fue como si ninguno de los dos nos hubiésemos dado cuenta de lo que hacía el otro.

Francisco bajó a Fez para contarles a los españoles que habíamos tenido una discusión, a consecuencia de la cual yo había desaparecido. Por suerte, los españoles no le hicieron demasiado caso. Decidió entonces preguntar por mí en el Jeanne d'Arc, donde le dijeron que no me conocían. En Marruecos se olvidan antes del nombre de los extranjeros que de sus vicios.

De regreso a Mimoun, Francisco se dirigió al hospital, donde un médico francés amigo suyo le dijo lo mismo que los marroquíes del Jeanne d'Arc, que no me conocía. Para entonces ya había empezado a anochecer y Francisco —según habría de decirme días más tarde— había creído que se volvía loco. La nieve había impuesto un silencio de muerte a la ciudad y las calles estaban desiertas.

—Me sentí solo —me explicaría luego—. Como si todo hubiese desaparecido a mi alrededor. Estaba cansado, llevaba dos noches sin dormir, y no imaginaba donde podrías haberte metido. Por un momento, llegué a pensar que el destino lo había preparado todo para hacerme morir solo en la Creuse.

En la fonda de Mimoun hubiesen podido contarle que había pasado por allí; también en el bar hubiera podido conseguir alguna información. Sin embargo, ese recorrido lógico no cabía en la cabeza de Francisco. Tuvo que acabar presentándose

en el único lugar que cualquier individuo sensato debe evitar en Marruecos. Francisco —que era capaz de cometer todos los errores— se presentó, preguntando por mí, en la comisaría.

Le hicieron esperar un buen rato en una sala destartada, en la que había, por todo mobiliario, un gigantesco retrato de Su Majestad. Le tuvieron de pie, muerto de frío, «y observándome, sin duda, por alguna rendija», según me dijo luego.

Fue atendido por un tipo sinuoso, que —gracias a aquella intervención de Francisco— iba a convertirse en mi sombra durante varios meses. Desde el primer día nos caímos mal. Había aparecido en casa de Hassan después de la entrevista con Francisco. Llegó acompañado por un par de niños de una decena de años, que se quedaron jugando con los hijos más pequeños de la familia todo el tiempo que duró la visita. Nunca llegué a saber con exactitud lo que le había dado por sospechar.

—Vous ne savez pas que votre copain vous cherche partout? —preguntó. Y, luego —: Les gens, au Maroc, sont trop polis, vous le savez? Même les familles trop modestes pour supporter des invités, se taisent même si, parfois, on les dérange. Vous me comprenez?

Yo había comprendido aun antes de que aquel tipo delgado y de mirada amarillenta me hubiese dirigido la palabra. A la familia de Hassan no le gustaba la presencia de la policía en su casa y yo era quien la había provocado. El tipo estaba advirtiéndome de lo que, sin duda, había advertido a los otros habitantes de la casa. Por algún motivo debía ser evitada mi presencia allí. Hassan sonreía al policía y le ofrecía otro vaso de té. Me pareció que estaba muerto de miedo.

Volví a la Creuse y, por vez primera, deseé regresar a Madrid. Otra vez la casa bajo la lluvia y el camino que se curvaba ante la puerta de entrada. La lluvia disolvía la nieve y dejaba al descubierto los montones de basura en la cuneta. La bombilla, sobre la entrada de la casa, estaba encendida en pleno día. Los perros vagabundos se habían tumbado en silencio al pie de una acacia muerta. Estaban empapados y ni siquiera se volvieron para mirarme. La casa del misionero francés. Llovía, y era como si la lluvia no hiciera más que subrayar el olor a cementerio de todo el país. Marruecos. Los interminables cementerios bajo la lluvia. Las tumbas sin nombre cavadas en dirección a La Meca. Los cadáveres bajo la tierra, descomponiéndose entre lágrimas de lluvia.

Me pareció que Francisco espiaba detrás de los vidrios de una de las ventanas del salón. Después pensé que no, que la casa estaba vacía y muerta detrás de la bombilla inútilmente encendida. El dibujo geométrico de los muros de la casa marcaba una frontera. Yo venía de otra parte, de un mundo exterior en el que crecían los mostradores de los bares y las basuras al borde de las cunetas. Estaba tan cansado que ni siquiera me veía con fuerzas para gritarle que abriese la puerta.

No estaba cerrada. En el interior de los muros todas las cosas esperaban. Hacía frío en el salón; ninguna de las dos salamandras había sido encendida. Escuché ruidos en la habitación de Francisco. Era él, quien, como un cazador, esperaba. Me dirigí directamente a mi cuarto: allí ardía silencioso el fuego, e incluso el calor resultaba excesivo.

—¿Dónde has estado? —me dijo luego, al cabo de un buen rato, cuando ya no pudo soportar la tentación de revisar las redes que había tendido.

—Jodiendo —le dije yo, e hizo como si no hubiese oído.

—Tienes la ropa empapada —comprobó, apretando el jersey que yo había dejado sobre una silla—. Has tenido que pasar mucho frío. Te voy a preparar un té.

Se marchó sin dejarme que le dijera que no quería té y, al cruzar ante el piano camino de la cocina, tecléo media docena de notas. Al cabo de un rato volvió para colocarme la taza de té bajo la nariz; después regresó al salón y se puso a tocar de corrido.

—Es Bach —levantó la voz por encima de la música—. Conoces qué pieza es, ¿no? Conseguí algunas partituras nuevas en Fez, en un sitio raro, cerca de Bab Boujouloud, donde tengo la impresión de que venden cosas robadas en villas de extranjeros de Casablanca, Tánger y sitios así. ¿Tú crees que es posible que la policía marroquí deje que roben a los franceses? Son los dioses de este país.

—¿Quiénes? —le dije yo—. ¿Los policías o los franceses? —Había dudado antes de abrir la boca. Hubiera preferido no hablar con él, pero el té estaba caliente y dulce y me sentaba bien, tan bien que de repente empecé a tener ganas de reír. ¿A quién podría ocurrírsele traficar con partituras de Bach robadas en Marruecos?

—Marruecos no es Viena. Aquí nadie trafica con partituras —le dije.

Al té le faltaban unas gotas de algo. Llovía en todo el país menos en aquella habitación, donde la leña se quemaba entre notas de una partitura robada de Bach.

—¿Queda algo de las bebidas que Alcira trajo de Melilla? —grité para que pudiese escucharme a pesar del piano.

Se presentó con una botella de absenta a la que le quedaban poco más de tres dedos. Me sentí humillado. El líquido tenía un maravilloso color dorado que me atraía. Fue extraordinario escuchar el chorrito del licor cayendo sobre la taza mediada de té.

—Échatelo todo —insistió—. Ya sabes que yo no bebo nunca. A la vuelta de Fez me encontré con Charpent y me habló. Una novedad. Me dijo que va a venir a comer con nosotros el viernes de la próxima semana. Tenías razón. ¿Sabes que es un poeta bastante conocido en Francia? Me lo dijo el médico francés del hospital; porque, al ver que no venías, he ido al hospital. Tuve la impresión de que nos iba a pasar algo malo. ¿Sabes que Rachida tampoco ha venido estos días? —se había desmoronado—. La casa empezó a darme miedo. Es un lugar misterioso. No creo que volviera a acostumbrarme a vivir solo otra vez.

No me miraba a mí, sino que miraba hacia la ventana, hacia los árboles desnudos y la niebla. Apenas si podían verse, entre las nubes, las primeras casas del pueblo. Se derrumbó la leña en el interior de la salamandra y la respiración del fuego se hizo más violenta. Yo no tenía ganas de hablar. El té se había terminado y en la taza no quedaban más que las últimas gotas de absenta que acababa de servirme. Me la bebí despacio, paladeándola con los ojos cerrados.

Cuando me desperté era ya de noche. Había dejado de llover, aunque aún se escuchaba el ruido de las gotas en el jardín. Más allá de la ventana cruzaban el cielo nubes negras y, de vez en cuando, aparecía la luna entre ellas, como una llamarada pálida. Alguien lloraba en el salón. Eran unos sollozos largos y acompasados, como los de un perro que hubiera sido castigado.

Me levanté. Junto a la ventana más próxima al piano, lloraba una mujer que miraba a través de los cristales, hacia la noche y las luces lejanas. Llevaba el cuerpo cubierto por una gandora y, allí, en el rincón, llorando a solas, ofrecía una imagen terrible. Parecía como si alguien hubiese venido desde muy lejos sólo para llorar. Grité aterrorizado:

—¿Schkun? ¿Quién es?

Se volvió al oír mi grito y quedamos frente a frente. Si extendíamos el brazo, podíamos tocarnos. Los sollozos habían cesado de repente y ahora podía escuchar su respiración. Por encima del velo que le cubría la parte inferior del rostro, brillaron unos ojos pequeños marcados por una línea de khol. Los reconocí enseguida, a pesar del maquillaje.

—Francisco —dije.

Lo vi correr entre los árboles y desaparecer, bajo la luna, por una ladera del

barranco.

Pasaron tres o cuatro días antes de que volviésemos a hablarnos. Rachida había regresado a casa y se extrañaba al recibir órdenes de que nos sirviese la comida por separado. Para mí fueron días terribles; aunque ya había conseguido alquilar una casa por medio de Hassan, me encontraba desconcertado. Abd-el-Jaq, mi hombre de confianza en la Universidad, había dejado de hablarme sin que mediase ninguna razón. Me enteré de que le habían dado un puesto en la junta del Departamento de Español y de que ahora frecuentaba los mismos cafés que sus compañeros marroquíes, a quienes tantas veces había llamado traidores.

Un día Francisco entró en mi habitación y me miró fijamente. Jamás se me hubiera ocurrido que sus ojos pudieran ser tan duros. Me miraba desde muy arriba y desde muy lejos, como si tuviera una razón que yo ni siquiera había llegado a intuir. Creció todavía más, cuando, antes de volver a cerrar la puerta del cuarto, dijo:

—Tú nunca llegarás a escribir: sólo te interesan las vistas panorámicas.

Mis últimos días de estancia en la Creuse estuvieron llenos de sorpresas. Abd-el-Jaq se presentó de improviso en casa. Traía en la mano un ramillete de flores blancas de Navidad que había recogido en el camino. Me abrazó al verme y se quedó largo rato en mi habitación, contándome historias de sus hermanos, que vivían en las afueras de Mequínez. Fue como en los primeros días de conocernos. Me pidió algunos libros y me devolvió otros que yo le había dejado meses antes. Volvimos a hablar de literatura.

Al atardecer, bajamos al pueblo y fuimos de nuevo al burdel del mellah. En esta ocasión se empeñó en que eligiésemos una chica para los dos y en que debía ser yo quien la escogiera. Cuando le dijo a la muchacha lo que pensábamos hacer, ella se resistió un instante, luego se echó a reír y nos abrazó a ambos. Entramos enlazados por los hombros en la habitación. No era la misma que la primera vez; en esta ocasión, se trataba de un cuarto angosto, mal iluminado por una ventana situada cerca del techo. Estuvimos mucho rato con la muchacha. A la salida del burdel, cogidos de la mano, nos dirigimos al bar. Allí, Hassan y Abd-el-Jaq se observaron en silencio como dos rivales. Días más tarde, me dijo Hassan:

—C'est ridicule, ton ami. Est-ce que tu n'as pas remarqué comment il prononce le mot autobus? Toubus. C'est ridicule.

Hassan y yo nos habíamos reído de Abd-el-Jaq. Habíamos comprado unas botellas de vino y salimos al campo para beber. La tarde era magnífica; uno de los primeros días en que se anunció cómo podía llegar a ser la primavera de Mimoun. Bautizamos a Abd-el-Jaq con el nombre de «monsieur Toubus». Pero eso fue cuando ya me había instalado en mi nueva casa.

La jornada de estancia de Abd-el-Jaq en Mimoun había concluido mal. Yo me ofrecí a acompañarlo hasta la parada de los taxis y Hassan se despidió de nosotros displicente. Abd-el-Jaq aprovechó el momento en que nos quedamos a solas para pedirme dinero. Al parecer, su padre estaba enfermo y los médicos le exigían una suma fabulosa por hospitalizarlo para una operación. Desde la parada de taxis tuvimos que regresar a la Creuse para recoger el dinero. No me sobraba, pero, dada la gravedad del caso, conseguí reunir unos cientos de francos que no iba a recuperar jamás. Abd-el-Jaq me dio las gracias y me abrazó con lágrimas en los ojos. Meses más tarde me enteré de que, por las mismas fechas, se había dedicado a perseguir, uno por uno, a todos los españoles de Fez, mostrándoles una ensangrentada caja de zapatos en la que guardaba un feto. A ellos les explicó que su novia se había quedado embarazada y que no había tenido más remedio que abortar. A todos consiguió sacarles algo. A mí volvió a tratarme afectuosamente durante una temporada, aunque muy pronto fue dosificando sus saludos, hasta que acabó por negármelos del todo.

Entretanto Francisco intentaba retenerme en la Creuse. Estaba asustado. No quería quedarse nuevamente solo. Alguien le había contado que Rachida era una de

las más conocidas brujas del pueblo y yo llegué a sospechar que también le habían contado la historia del misionero francés. No era así. Yo mismo le describí el final de aquel desgraciado y la leyenda que envolvía la Creuse cuando, años más tarde, acabamos encontrándonos en Madrid. Había transcurrido mucho tiempo desde aquellos últimos días en que intentó inútilmente retenerme.

Se pasó la última semana sin apenas salir de casa. No subió por las tardes al café del morabito, ni se trajo ningún amante. Me demostraba que la Creuse podía ser un mundo, el de los dos, dulcemente perfecto. Faltó a clase. Se quedaba en su habitación leyendo y, a la hora de la cena, me decía:

—No nos molestamos nada, ¿verdad?

Tocaba el piano, ponía flores en mi cuarto y hablaba como si, de repente, hubiera encontrado una paz muy especial en su interior. Era una cuerda tensa a punto de romperse. Algunas noches sus esfuerzos por mantener la calma se derrumbaban y regresaba al infierno, desde donde me llamaba sollozando:

—No te vayas, Manuel. Me da miedo quedarme solo aquí. No podría soportar ni un día más el gemido de las ramas de los árboles, todas estas maderas que crujen, este maldito viento de Mimoun que te vuelve loco. Y la casa, ¿no te da miedo la casa?

Para complicarlo todo aún más, cierta noche escuché unos alaridos que procedían de algún lugar cercano a la vivienda. En un principio pensé que podría tratarse de alguien que se había caído al barranco. No era extraño que merodeasen por los alrededores mendigos y borrachos que buscaban abrigo en alguna de las cuevas de las laderas de la Creuse. Sali de la casa y estuve largo rato intentando averiguar la procedencia de las voces, que se repitieron al día siguiente y en noches sucesivas.

Llegué a pensar que era el propio Francisco quien gritaba, intentando despertar mi compasión para que no lo dejara solo en aquella casa que se le iba llenando de fantasmas. Cada vez que volvía a escuchar las voces me dirigía al cuarto de Francisco, llamaba a la puerta y me lo encontraba allí, junto a la estufa, enfrascado en la lectura. Tuve que acabar convenciéndome de que él no tenía nada que ver con los gritos. Eran unos alaridos terribles. Sonaban de repente, se repetían cuatro o cinco veces y, luego, volvían a apagarse durante espacios irregulares de tiempo; a veces, durante horas. Se escuchaban poco después de que cayese la noche y volvían a oírse en la madrugada.

El día antes de mi partida, cuando ya había perdido toda esperanza de descubrir el origen de aquellos alaridos, los escuché de nuevo. Primero fueron tres o cuatro gritos y, luego, un rugido largo y atroz que no parecía emitido por ninguna garganta humana. Al otro lado del espacio que servía de jardín a la casa, recortado en el vidrio de la ventana de Charpent, vi su perfil. Levantaba los brazos al cielo y arrojaba, sin dejar de aullar, objetos que recogía a su alrededor. Se oía el estrépito de muebles, de vidrios que se estrellaban contra el suelo. Se oía, sobre todo, su grito desesperado, que fue convirtiéndose en un gemido animal.

En ese instante sentí que unos dedos delgados y largos se clavaban en mi brazo.

Era Francisco. También él había escuchado aquella noche el estruendo de la casa vecina y había entrado en mi habitación. Se echó a llorar contra mi hombro:

—Por tu culpa, ese tipo endemoniado ha estado a punto de pisar mi casa.

Y luego:

—Tengo miedo. Te pido por favor que no te vayas.

Hassan se presentó en la Creuse a la hora convenida para hacer la mudanza. Cargamos en su destartalado Citroen la maleta con la ropa, un par de cajas llenas de libros y papeles, y la máquina de escribir. Francisco no quiso despedirse: se levantó más temprano que de costumbre y se marchó, supongo que al instituto, sin darme la oportunidad de cruzar una sola palabra con él. Antes de irme le dejé una nota en su habitación y acordé con Rachida que bajase un par de veces por semana a ordenar la nueva casa. Para formalizar el compromiso le puse unos dirhams en la mano. Los recibió con una sonrisa.

La casa que acababa de alquilar estaba casi en la llanura, a la salida del pueblo, y tenía una pequeña huerta rodeada por un muro blanco. Me pareció modesta, pero muy agradable, y la ocupé con verdadera ilusión, como si el nuevo decorado y la independencia fueran a cambiar mi vida en Mimoun. Hassan se comportó aquel primer día —y había de comportarse los siguientes— como si hubiésemos alquilado la casa para los dos. Comía conmigo, me acompañaba al mercado y me ayudó a adquirir a buen precio, en el inmundo patio del funduk, los muebles.

Allí habría de comprar, días más tarde, la hermosa estufa de leña, una mesa fabricada con tablas procedentes del desguace de cajas de frutas, un par de sillas y algunas estanterías de caña. El resto del mobiliario lo compondrían dos colchonetas de goma-espuma, algunas esteras y un gran colchón que coloqué en el suelo, en la habitación que ocuparían la mesa y la estufa. El día de la mudanza no me alcanzó el dinero más que para el colchón y dos mantas. Aún no imaginaba que nunca iba a llegar a amueblar aquella casa, a pesar de que mi proyecto era, por entonces, permanecer allí durante mucho tiempo.

En aquel año que pasé en Marruecos, las bombillas colgaron desnudas del techo; nunca tuve suficiente dinero para adquirir un tapiz, y ni siquiera llegué a comprar alguno de los económicos objetos de cobre o de barro presentes en la decoración de todas las viviendas de extranjeros. El alcohol se llevaría todo cuanto pudo haberme quedado de mi modesto sueldo de profesor no acogido a ningún convenio de cooperación. A pesar de que fingí no advertirlo, durante la primera tarde de estancia en la nueva casa se apoderó de mí un amargo sentimiento de provisionalidad.

Hassan se había marchado a dormir a casa de sus padres. El sol había ido cayendo entre las ramas desnudas de los viejos olmos y yo me había quedado a solas en una casa vacía, cuyas paredes anotaban todos los ruidos y los devolvían al instante con un chirrido metálico. Hasta que anocheció no se me había ocurrido pensar que, para vivir allí, iba a necesitar un montón de pequeños objetos que tendría que ir, poco a poco, acumulando. Me sentía incapaz de llevar a cabo aquel esfuerzo de acumulación. Me envolví en las mantas, sin desnudarme, y me senté sobre el colchón, colocado en el suelo, ocupando uno de los ángulos del cuarto. La luz que despedía la bombilla era débil y amarillenta.

Allí, frente a mí, bajo la frágil luz, estaba todo cuanto poseía: el informe montículo compuesto por la maleta, las cajas y la máquina de escribir cubierta por su funda. Más allá de esas pocas cosas, nada era mío. Las habitaciones vacías, los árboles y la noche.

El almuédano había llamado a oración y el paisaje se había ensombrecido aún más. En la casa no había ni un vaso, ni un plato, ni un hornillo en el que hacer fuego. Estaba situada sobre un altozano desde el que dominaba una vieja muralla y, por encima, las azoteas del suburbio que llamaban Al-Manzel, que se poblarían —cuando llegase el buen tiempo— de tapices, mujeres, niños y gatos, pero que, en aquel frío anochecer de febrero, estaban vacías. El viento frotaba la muralla y yo estuve mirándola desde mi rincón, durante largo rato, hasta que las sombras se la tragaron por completo.

—¡Allah Akbar! —había gritado el almuédano, y el grito se había quedado temblando largo tiempo en el mar de sombras.

Yo ignoraba aquella lengua, bella y terrible, y no podía confiar en ningún dios. Las palabras del almuédano parecían nombrar objetos que yo nunca había visto, sentimientos que desconocía. Encendí un cigarrillo y acerqué las yemas de los dedos hacia la llama de la cerilla hasta quemarme. Me sentía como si fuera una burbuja que flotase en el mar de la noche y pensé que, cuando aquella burbuja se viera obligada a reventar, iba a convertirse en nada. El canto del almuédano describía jardines a los que yo no tenía acceso. Yo no era más que un montón de papeles a medio escribir encerrados en aquellas húmedas cajas de cartón. También había subrayado ciertas frases en los libros que allí guardaba, y eso era parte de mí. Nada. Cuando el alfiler de la vida pinchase la burbuja, los niños de Mimoun trazarían signos escolares en el reverso de las cuartillas, unos signos que jamás llegaría a descifrar quien escribió el anverso.

Salí a la calle. Recorrí, por primera vez a solas, el camino bajo los olmos que conducía al pueblo. Ramas secas del invierno y una burbuja vacía que rodaba bajo las ramas secas. Cené en un puesto de keftá junto a la muralla y, después, bebí en el bar hasta que echaron el cierre.

Esa noche vi por segunda vez al policía de rostro amarillo.

—Toujours à Mimoun? —dijo, tendiéndome la mano.

Como de costumbre, en el interior del bar la gente gritaba y se besaba. El estruendo resultaba casi insoportable. El policía se vio obligado a levantar mucho la voz para que yo pudiera oírle. Más allá, el pueblo estaba desierto. El viento bamboleaba las bombillas miserables que, de trecho en trecho, pendían bajo la Avenida de los Plátanos. Donde acababan las últimas casas de Mimoun, el mundo era un mar negro y los cadáveres anónimos, bajo la tierra, contagiaban su silencio a todo el país; lo amordazaban.

—Je m'appelle Driss —dijo el policía.

Me invitó a una cerveza y me preguntó mi nombre, a pesar de que tenía que

saberlo de la otra vez. Pensé en las muchas tardes en que se habría quedado mirando mi ficha en su despacho de la comisaría. Éramos pocos los extranjeros que vivíamos en Mimoun, apenas media docena.

El policía me hizo decirle de nuevo mi nombre y lo repitió tres o cuatro veces, como si quisiera aprendérselo de memoria y le resultara sumamente complicado.

—C'est juif, n'est-ce pas? —sacó como conclusión de su ejercicio nemotécnico.

Lo negué y, por el hecho de negarlo, me sentí sospechoso. Él también lo vio así.

—Oui, c'est juif —reflexionó. Y, luego—: Ça va toujours avec votre copain?

Le expliqué que ya no vivía en la Creuse y él se interesó por mi nuevo domicilio.

—Et c'est Madrid que vous habitiez avant? Bientôt je vais vous rendre visite à votre nouvelle maison. La Creuse c'était loin, mais, maintenant, on est presque voisins. Madrid c'est bien; le Maroc aussi il est bien. On bouffe bien au Maroc, on a de très belles filies et il n'y a pas de criminéis. C'est un beau pays tranquille, le Maroc.

De haberlo permitido, me hubiese acompañado aquella misma noche a mi casa. Insistió en que hiciésemos el trayecto juntos, pero yo me negué con una tozudez que debió confirmarle lo acertadas que eran sus sospechas. De regreso a casa, Francisco me esperaba en el interior de su automóvil, aparcado junto al muro que cerraba la huerta.

—Te he traído algunas cosas —dijo—. He pensado que aquí no tienes nada. Te traigo cuchillos, cucharas, platos, un par de cacerolas, un hornillo y algunas cosas para comer. Yo no necesito nada de todo esto. Ya me lo devolverás cuando te venga bien.

Descargó del automóvil varias cajas llenas de objetos; incluso un termo con jarira caliente para que cenara aquella noche. Lo esparció todo por el suelo de la cocina y se marchó enseguida. Creo que se quedó con las ganas de que le ofreciera alguna escena de hijo pródigo, pero yo no quería entrar en su juego, a pesar de que todo aquello iba a venirme muy bien. Le di las gracias y lo acompañé al automóvil.

Una vez se hubo marchado, me tomé un buen tazón de jarira caliente y, luego, me preparé un café. El agua, al hervir en el cazo, empañó los vidrios de la ventana de la cocina y la casa se encogió amablemente sobre sí misma, protegiéndome y obligando a la noche a cambiar de signo.

Me embriagó la primavera de Mimoun. A los días lluviosos sucedieron otros magníficos en los que, al atardecer, el cielo se volvía cárdeno y subía desde la tierra una perfumada respiración vegetal. Estalló la vida en las calles y, frente a la nueva casa, las azoteas de Al-Manzel se llenaron de mujeres, niños y gatos. Las primeras bandadas de aves blancas cruzaban voluntariosas en dirección al norte: era como si la nieve del Bou Iblan hubiese estallado en mil pedazos y se hubiera esparcido por el azul del cielo.

Yo nunca había bebido tanto. Parecía como si mi cuerpo no pudiese soportar la felicidad de aquellos días hermosos. Esperaba ansioso el momento en que se abrían los bares y, desde media mañana, mezclaba las cervezas con vino y pastís. Raro era el día en que no llegaba completamente borracho a la hora de la comida. Sólo el alcohol me calmaba, poniendo entre mis sentimientos y la primavera un celofán aislante. El malestar físico provocado por la bebida carecía para mí de importancia. Lo que contaba eran aquellos viajes en el coche de Hassan hasta los cercanos bosques del Atlas. Recorriamos las orillas silenciosas de los lagos que se abrían en la montaña, entre los cedros; y bebíamos allí, al borde del agua clara, envueltos por el rumor de las ramas y los cantos de los pájaros. El Bou Iblan se había ido desnudando de nieve y aparecía, a lo lejos, convertido en una fascinante nave azul.

En nuestros vagabundeos alcohólicos nos encontrábamos a veces con pastores nómadas que, aprovechando el buen tiempo, instalaban sus campamentos en la montaña. Venían de muy lejos, de los remotos oasis del sur, y nos miraban con desconfianza. Sus hijos solían ofrecernos setas recogidas en los bosques, pequeñas piezas de artesanía que ellos mismos fabricaban, o peces y pájaros que capturaban en los alrededores. Pedían poco dinero por aquellos productos y se quedaban mirando cómo bebíamos desde cualquier rincón apartado.

Mi vida se cerraba alrededor de Hassan. Cada vez que intentaba mezclar su mundo con el de los españoles de Fez, el encuentro se convertía en un fracaso. La verdad es que solíamos aparecer borrachos en casa de Alcira, y no debía resultar nada fácil el trato con nosotros. También influían en la incomprensión las reservas que los españoles mantenían hacia los marroquíes y que eran fruto, en buena parte, de largas y decepcionantes convivencias anteriores. Aquel país nos quemaba a todos.

Alcira ejercitaba conmigo una paciencia muy especial. Hassan y yo vaciábamos su modestísima bodega y él nos miraba con ironía mientras agotábamos las botellas de alcohol procedentes de Ceuta o Melilla. Nuestra relación tenía algo de rapiña, aunque yo intentaba disimularla comportándome, cuando regresaba solo a la ciudad, de una manera generosa.

Empezaba a considerarme un poco marroquí. Como si Mimoun hubiese puesto al descubierto algún espacio olvidado de mi memoria. A veces tenía la impresión de que ya había vivido allí muchos años antes, e intentaba reconstruir la lógica de los

habitantes de aquella ciudad moribunda. Ante los españoles me veía obligado a defender puntos de vista que me desgarraban por dentro. Tenía la sensación de que había abandonado un continente y de que nunca iba a llegar a otro. Me encontraba a la deriva.

Frecuentaba la medina de Mimoun y sus viejos cafés. Vagabundeaba por los miserables callejones, visitaba los prostíbulos del mellah y pasaba horas junto a la mesa en que Hassan jugaba a las cartas con sus amigos, envuelto en una nube de humo. El sonido de la música árabe traducía sentimientos que yo recuperaba en algún lugar de mí mismo y empezaba a distinguir algunas palabras en las conversaciones. Hacía mis compras en derijah y fumaba kif con los tenderos.

Volví a la casa de Hassan. Ya no era un extranjero sospechoso. Al principio fui recibido como un invitado de excepción y, poco a poco, como un miembro más de la familia. Sidi Mohamed, el padre, había servido en el ejército francés y era un excelente cocinero. Se había alistado con la secreta intención de morir y luchó como voluntario en Indochina, donde consiguió una herida en la pierna, una modesta pensión que le había permitido adquirir algunas tierras en su aldea natal, y la certeza de que era la voluntad de Allah la que lo había mantenido con vida. La guerra hizo de él un hombre religioso: visitaba con frecuencia la mezquita, practicaba sus oraciones en solitario, no fumaba ni bebía, y criticaba a los hipócritas que confundían religión y política. Su mayor preocupación era Hassan.

Fue él quien empezó a descubrirme que Hassan mentía con frecuencia. Durante meses yo había pensado que, si se iba de mi casa por las noches, era para volver con su familia. Sin embargo, Sidi Mohamed se quejaba de que Hassan nunca dormía en casa. Cada vez que intenté averiguar dónde pasaba la noche, me respondió con evasivas.

También Rachida desconfió desde el principio de Hassan. Cuando coincidían en mi casa, se hacían bromas cómplices, aunque, ya el primer día, cuando Hassan se había marchado, Rachida se refirió a él diciendo, en un tono despectivo: «Ce type». En adelante, siempre, para nombrarlo, decía «ton ami», como si quisiera dejar claro que, si Hassan venía a casa y ella lo recibía, era simplemente porque yo me empeñaba y no porque ella lo desease. En cierta ocasión había murmurado, «c'est un profiteur», aunque, después, se arrepintió y se limitaba a decir de un modo enérgico:

—Les marocains sont tous des voleurs.

Volvieron las pesadillas y aparecieron los primeros insomnios. A la salida del bar dormía durante un par de horas, con un sueño agitado, y después me despertaba y ya no conseguía cerrar los ojos durante toda la noche. Eran terribles el silencio de la casa y la ciudad dormida, a mi alrededor, cuando sólo se escuchaba el ladrido lejano de los perros.

Creo que las pesadillas empezaron después del encuentro con Charpent en la carretera de Fez.

Fue por la tarde. Regresaba de mis clases en un taxi colectivo y había conseguido ocupar el asiento junto al conductor, que era, sin duda, el único en el que se gozaba de una relativa comodidad. No era una plaza que me gustase demasiado, porque en aquella carretera se conducía de una manera muy peligrosa y ya había tenido ocasión de asistir a algunos accidentes. En uno de ellos tuve que soportar la imagen de un niño muerto con la cabeza deshecha por la rueda de un camión. Por eso, durante todo el invierno me había acomodado en la parte trasera del automóvil, bastante más incómoda; sin embargo, con la llegada de los primeros días de calor resultaba asfixiante aquel espacio diminuto en el que se mezclaban los sudores de cuatro pasajeros apretados en un único asiento.

El taxi saltaba en los innumerables baches de la carretera, sonaba en la radio una estridente melopea metálica y el sol se recogía a espaldas del automóvil en que viajábamos. Desde mi posición privilegiada veía pasar los campos, los rebaños de ovejas junto a la cuneta y las hileras de olivos escapándose hacia las colinas. La tarde era magnífica.

Cuando el taxi enfiló la recta frente a Batij me pareció distinguir a lo lejos, aparcado en el arcén, el viejo Renault amarillo de Charpent. Hacía meses que no sabía nada de él. Desde que me trasladé a la nueva casa, jamás había venido a visitarme. Era extraño, aunque resultaba probable que Francisco —después de los incidentes de mi última noche en la Creuse— no hubiese vuelto a dirigirle la palabra y, por tanto, Charpent desconociera mi nueva dirección. Mimoun no era un laberinto en el que un extranjero pudiera perderse. Decidí pedirle al taxista que se detuviera junto al automóvil de Charpent y continuar mi viaje con el francés.

Al cruzar a la altura del automóvil descubrí que estaba solo y que tenía la cabeza apoyada contra el volante, como si se hubiera quedado dormido. Mientras intentaba que el taxista entendiera que quería descender, intuí que Charpent dormía en la cuneta alguna de sus frecuentes borracheras.

Me apeé ante la curiosidad de los demás pasajeros, que se volvieron para mirar lo que sucedía a sus espaldas una vez que el taxi se puso nuevamente en marcha. El sol se escondía tras las colinas y la carretera se había quedado de repente vacía. Soplaba un vientecito suave, casi marítimo, que removía las hojas de los olivos.

Al llegar junto al automóvil, golpeé los cristales de la ventanilla, pero Charpent

no se movió. Tenía la cabeza directamente apoyada sobre el volante y los brazos le caían a lo largo del cuerpo. Si me inclinaba sobre la ventanilla podía ver su nuca y el brazo izquierdo. No era exactamente la posición de un borracho. Me asusté al pensar que tal vez estuviera muerto. El silencio de la tarde me dio escalofríos y dudé un instante antes de abrir la portezuela.

Cuando me atreví a hacerlo, la cabeza resbaló y se quedó apoyada contra el hombro derecho. Un hilo de sangre le caía por la frente y se iba extendiendo por la superficie blanca de la camisa. Tuve ganas de gritar. Me volví hacia la carretera. Pasó un coche en dirección a Fez y el conductor giró la cabeza para mirarme.

Charpent se movía. Respiraba con dificultad y había empezado a lamentarse dulcemente, como si estuviese soñando algo que le produjese un placer sin pasión: una cuna infantil, el abrazo con alguien que ya no produce más que ternura. Pensé que mi obligación era detener el primer coche que cruzara por la carretera, pero no lo hice. Pasó una destartalada furgoneta y yo me coloqué de manera que mi cuerpo cubriese, ocultándolo, el de Charpent. Descubrí que tenía miedo.

Examiné la herida apartándole los cabellos. Charpent alteró ligeramente la posición de su cabeza, como si quisiera que aquella mano desconocida lo acariciase. Tenía la piel caliente y gemía como si se revolcara en un almacén de algodones.

La herida era poco profunda. Había otras en el rostro, también superficiales, y las manos estaban ensangrentadas y llenas de arañazos. Parecía recién salido de una pelea en la que hubiera habido ensañamiento, o de una sesión de refinadas torturas. Había empezado a llorar. Me di cuenta porque la palma de la mano con que sostenía su cabeza se me humedeció. Lloraba en silencio, sin dejar de gemir tiernamente. No parecía un llanto doloroso, ni había ningún dramatismo en la expresión de su mirada cuando abrió los ojos y dijo:

—C'est rien.

Lo dijo dos o tres veces. Muy suavemente. Y sólo se inquietó cuando le propuse que solicitáramos ayuda para que alguien nos acompañara a Mimoun.

—Non. Je vous en prie. Ça non. Maintenant ça va mieux. Je vais beaucoup mieux. C'est rien. Je viens de tomber sur la route. J'étais un peu sâoul et je suis tombé.

Mentía y no tenía ninguna intención de ocultar que mentía. Se limitaba a suplicarme que yo fuera su cómplice, porque no era conveniente que nadie llegara a saber lo que había ocurrido.

—Mais il faut arriver à Mimoun, et je n'ai pas de papiers —le dije yo.

—Je peux. Je peux conduire.

Regresamos a Mimoun una vez que se hubo frotado la cara hasta que desaparecieron las manchas de sangre seca. No quiso que le acompañase a su casa. Me dejó a la puerta de la mía y, antes de volver a poner el coche en marcha, insistió:

—Il ne faut rien dire à personne.

Y luego, tendiéndome la mano:

—Merci.

Pocos días más tarde, encontré un ramo de flores en el umbral de la puerta de mi casa, y pienso que fue él quien me las envió. Jamás tuve la oportunidad de aclararlo y creo que fue mejor así. Sólo volví a verlo en una ocasión, apenas cruzamos algunas palabras, y no me pareció momento oportuno para preguntarle acerca del ramo de flores, que por fuerza tenía que avivarle el recuerdo de las circunstancias que rodearon aquel desagradable encuentro en la carretera.

Aún no sé por qué me dio por relacionar las desapariciones nocturnas de Hassan y el encuentro con Charpent. Pronto había de convencerme de que nada tenían que ver entre sí, pero, en un primer momento, me pareció que eran hilos de una misma red, aquella que nos asfixiaba a todos. Tal vez contribuyó a fomentar esa angustia el descubrimiento de que Francisco tenía razón al pensar que Rachida robaba en su casa. Cierta día en que levantó el paño que cubría su enorme capazo, tuve ocasión de ver escondidos algunos pequeños objetos de los que Francisco jamás se hubiera desprendido. Curiosamente, la mirada que me dirigió Rachida al darse cuenta de que la había descubierto, fue más de amenaza que de temor. También yo estaba convirtiéndome en su esclavo, porque también yo —como Charpent o Francisco— tenía escondida una parte de mi vida.

Para hacerlo aún más difícil, una tarde que trabajaba en la parte trasera del jardín se presentó en casa el policía Driss. Rachida pensó que yo había salido y le dijo que estaba en Fez. Y, por la noche, cuando tuvimos ocasión de encontrarnos en el bar e intenté explicarle al policía el malentendido, él se limitó a apretarme levemente el brazo con la punta de sus dedos esqueléticos y dijo:

—Oui. Je comprends. Vous continuez à vous cacher.

En las siguientes noches volvieron las pesadillas. La primera que recuerdo —y que se repitió en varias ocasiones— era deprimente. Yo conducía un automóvil a través de un paisaje mortecino y que parecía dibujado con tinta china. La carretera zigzagueaba a través de una arboleda y el automóvil tomaba velocidad en las curvas, sin que yo pudiera hacer nada por dominarlo. Parecía no rozar el asfalto; flotaba sobre el suelo, y sus motores —de eso me iba dando cuenta poco a poco— no producían ruido alguno.

En uno de los virajes, noté que el coche se había salido del asfalto y que, sin embargo, nada había ocurrido. Había vuelto a su lugar, sin dejar de correr en silencio, ni advertir la presencia de obstáculos: entonces comprendí —no sé por qué mecanismo— que mi viaje a través de aquella extraña geografía sin sol era un viaje que se producía después de mi propia muerte. Aquel paisaje, la luz opaca y sin origen definido, y el silencio eran —precisamente— la muerte.

En el instante en que obtuve esa certeza desoladora, el coche aumentó aún más su velocidad y el silencio se hizo todavía más hondo. Entonces observé que los árboles que jalonaban la carretera no eran tales, sino gigantescos personajes envueltos en gandoras, hombres y mujeres que escoltaban el automóvil como un cortejo fúnebre.

El viento movía sus túnicas negras y conseguía que golpeasen las ventanillas del automóvil sin que se produjese sonido alguno. Yo estaba muerto y corría sin ningún destino.

Las pesadillas ocupaban las escasas horas en que conseguía conciliar el sueño.

A medida que fue avanzando el verano, me acostumbré a las noches en vela. Esperaba que amaneciese, sin otra preocupación que la de entender la mecánica de aquella ciudad que volvía a alejarse de mí a fuerza de litros de alcohol. Empecé a buscar amantes con quienes llenar las largas noches que pasaba sin Hassan. Por mi casa, a partir de las diez de la noche, circulaban los compañeros de la última copa, o las prostitutas encontradas en cualquier acera. Dentro de mí fue rompiéndose todo en pedazos. En el colchón de mi cuarto hubo noches en las que nos mezclamos media docena de individuos. Me sentía como un imbécil. Nos acostábamos unos sobre otros completamente ebrios y, luego, en la oscuridad de la habitación, empezábamos a buscarnos con sigilo como si nos importase algo que los demás pudieran darse cuenta.

A veces nos poníamos de uno en uno sobre alguna de las muchachas encontradas al azar; en ocasiones nos tocábamos unos a otros fingiendo no darnos cuenta de nada. La habitación olía mal por las mañanas. No pocas veces tenía ganas de expulsar a toda aquella gente que ensuciaba los pocos rincones de mí mismo que aún quedaban limpios. Luego, a la noche siguiente, volvía a buscar por los bares con ansiedad y todo se repetía.

En Mimoun, ninguna vida de extranjero podía ser secreta. Hassan tenía que saber lo que estaba ocurriendo en casa. Sin embargo, fingía no enterarse de nada. Venía a recogerme muchas mañanas y me conducía hasta la finca en que prestaba sus servicios. Allí, bajo los árboles, creía durante algunas horas que podía recomponerse mi vida. El sol calentaba suavemente y yo leía, mientras los criados se encargaban de servirme el té. En aquellos instantes creía recuperar la pureza que había perseguido durante mis primeros días en Mimoun, pero, luego, la maldita noche volvía a descomponerlo todo. Se había iniciado la que iba a ser mi peor etapa en Mimoun.

Cuando los visitantes nocturnos habían desaparecido y de ellos no quedaban más que la suciedad, el olor y las botellas vacías esparcidas por el suelo de la habitación, descendía hasta un viejo café, llamado Café de Marraquech, en donde buscaba distracción antes de la llegada del alba, esperando el destartalado autobús que conducía al Sahara. Pasaba allí un buen rato, contemplando a los campesinos con sus sacos cargados de indefinidas mercancías, y a los soldados que se despedían de las prostitutas antes de partir hacia una guerra lejana, cuyos efectos llegaban a Mimoun con sordina.

Luego regresaba a casa, mirando el reloj mientras subía por el camino de los olmos, con la esperanza de que el tiempo se me hubiese escapado ante la taza de café sin que yo hubiera tenido oportunidad de advertirlo. Más tarde, desde mi ventana, veía subir el sol, y el día se volvía blanco como una foto quemada y la luz me perseguía empujándome a volver a la barra del bar.

Descubrí que, en las desapariciones de Hassan, el único secreto que existía era una mujer, y encontré nueva justificación para aquellas noches al amparo de dudosas compañías. Ya no me atrevía a acercarme a casa de sus padres a la hora de comer, porque estaba tan borracho que no podía disimularlo. Sidi Mohamed me miraba con pena en esas ocasiones y se lamentaba.

—Hassan n'est pas bon. Il Vous laisse trop seul, monsieur Manuel.

De repente fue como si a Hassan se lo hubiese tragado la tierra. Durante bastantes días no apareció por casa y ni siquiera se presentaba en el trabajo. Su propio padre me preguntaba por él:

—Est-ce que vous savez quelque chose de Hassan?

Entonces, como si un sexto sentido le hubiese llevado a saber el estado en que me encontraba, hizo su aparición Francisco. Yo tenía los nervios a punto de romperse y tampoco él llegó con buenas noticias.

—Rachida roba. Acabo de despedirla —me comunicó.

—Estás loco —le respondí, sin saber demasiado por qué. Tal vez porque sabía que yo también lo estaba haciendo todo mal y tenía miedo de Rachida.

Le propuse tomar un té y, cuando volví de prepararlo en la cocina, me encontré con que Francisco había desaparecido, dejándome tan sólo una nota escrita sobre la mesa del jardín: «Hijo de puta», decía el papel.

Pensé que Francisco desvariaba y proyecté una excursión a la Creuse al día siguiente. Pero, horas más tarde, se presentó el médico francés del hospital de Mimoun y me pidió que lo acompañase urgentemente. Me imaginé que Francisco acababa de cometer alguna tontería. El médico estaba muy agitado. Me hizo subir en su automóvil y tomó el camino hacia la Creuse.

—Vous laissez trop seul Francisco —me recriminó.

Nos estábamos dejando todos demasiado solos. Hervía el suelo y los árboles estaban cubiertos por una pesada capa de polvo. Los perros de la Creuse buscaban la sombra de las acacias y la tierra roja de Mimoun se había vuelto blanca. Abajo, la ciudad permanecía silenciosa bajo la luz cegadora, como bajo un sudario. Francisco había intentado suicidarse. Acababan de hacerle un lavado de estómago en el hospital y habían vuelto a llevarlo a la Creuse.

Estaba fuera de peligro, aunque inconsciente. La mujer del médico tocaba en el piano una partitura de Schumann que me revolvió las tripas. Me dolía la cabeza. Hacía muchas horas que no me tomaba ni una sola copa y tenía los nervios de punta. La cabeza de Francisco emergía entre las sábanas como una escultura religiosa. Toda la casa apestaba a estética, mientras la mujer seguía empeñada en tocar el piano.

—Vous préñez quelque chose? —propuse, convirtiéndome repentinamente en anfitrión y buscando en el armario del comedor algo que pudiera beberse.

—Non, merci —dijeron ellos, mientras yo me servía un vaso de pésimo whisky que Francisco había sacado no sé de dónde. Luego, me coloqué al lado de la cama, junto a la cabecera, y me puse a acariciarle los cabellos como si lo quisiera.

No lo quería. No quería a nadie en aquel instante. Deseaba verlo muerto. Ver muertos también a los componentes de aquella pareja excitada por un falso suicidio. Francisco dormía tranquilo.

—Des comprimés —explicó el doctor—. Il va dormir jusqu'à demain. De toute façon, il vaudrait mieux que vous restiez ici, près de Francisco, pour voir s'il a besoin de quelque chose. Il ne faut pas le laisser trop seul.

Pasé una semana en la Creuse. Era como si, en el fondo, también yo tuviera necesidad de creer en el falso suicidio de Francisco, que había utilizado uno de los retretes de su instituto para tomarse las píldoras, sin duda porque sabía que, de haberlo hecho en la Creuse, hubiesen pasado varios días antes de que lo encontraran. Durante ese tiempo me dediqué a hacer como que lo cuidaba. Sólo me fui de su lado en los escasos ratos en que tenía que descender a Fez para dar mis clases. Llamé nuevamente a Rachida, disculpando la actitud de Francisco al despedirla; y procuré que no faltasen las flores en la habitación del convaleciente. Escuchaba dócil el piano y bebía a escondidas, porque Francisco extremaba su odio al alcohol.

Por las noches, no soportaba el encierro ni mi papel en aquella absurda comedia, y me escapaba al pueblo sin que Francisco se diera cuenta. Bebía hasta que ya no podía tenerme en pie.

Cogía un taxi para volver a la Creuse y no era extraño que, antes de llegar, el taxi diese media vuelta y el conductor y yo acabáramos bebiendo juntos y pasando la noche en el hotel, a veces acompañados por alguna prostituta. Los taxistas me conocían y se ofrecían de buena gana para efectuar aquellos recorridos imprevisibles. El guardián del hotel no ponía ninguna traba para que entrase acompañado, siempre que pagara el peaje de una botella de vino.

Cierta tarde vi el coche de Hassan, que viajaba acompañado por el policía Driss. Corrí detrás del automóvil, observado por cuantos paseaban por la Avenida de los Plátanos en aquella tarde de verano, pero el automóvil no se detuvo, a pesar de que estoy convencido de que Hassan me vio hacerle señas. Negó haberme visto cuando días más tarde se presentó en la Creuse a buscarme.

—Où est-ce que tu étáis, Manuel? —me dijo—. Je ne te trouvais pas à la maison, et j'étáis très préoccupé.

Mentía. Había traído una jarra con leche agria, que sabía que me gustaba, y se esforzaba por demostrarme afecto. Cuando Francisco entró en la habitación estábamos besándonos y supe que debía abandonar la Creuse aquella misma tarde, sin que hiciese falta ninguna explicación. Comprendí que había regresado no para atender a Francisco, sino para ponerme bajo su vigilancia y que él pudiese castigarme.

Cargué en el coche de Hassan las pocas cosas que había llevado conmigo. De nuevo, el descenso por la empinada carretera de la Creuse, esta vez cubierta por un polvo blanco que podía paladearse. Me sentía cansado; Hassan detuvo el coche junto a la cuneta y sacó de debajo del asiento una botella de «Vieux Papes». El primer trago de vino se llevó el polvo de la lengua. Era un vino áspero y oscuro que uno sentía caer sobre el estómago. Mientras bebíamos, me explicó que había estado mal. La mujer con la que vivía en secreto lo había abandonado y había tenido que buscarla en casa de todos sus parientes, que se encargaban de ocultarla.

—Aide-moi, Manuel —me suplicó—. Tous ces gens veulent me rendre fou. Ces jours passés je dormais dans la forêt, tout seul. Je ne voulais voir personne. Si quelqu'un m'avait adressé un mot, je l'aurais tué.

La había recuperado, pero sólo después de pagar una importante suma de dinero, largamente negociada con los intermediarios de la familia de ella. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando dijo:

—C'est toujours pareil.

Tiró el casco vacío por la ventanilla y salió del coche para buscar en el portamaletas una segunda botella de vino. El segundo vino era aún peor que el primero. Doumi. Echó un trago largo antes de pedirme dinero.

—Je suis en faillite —se lamentó.

Fue la primera vez en que yo también me sentí intermediario de alguien. Creo que no me equivocaba, aunque en los siguientes meses tuviera necesidad de olvidarlo para seguir viviendo. Le ofrecí lo que pude: algunos francos que me quedaban en la cuenta y la promesa de que le daría otros más adelante. Me abrazó y se echó a llorar.

—Excuse-moi, Manuel.

Yo había empezado a odiarlo. Se puso a cantar una vieja canción bereber, mientras me daba golpecitos suaves con la cabeza en el hombro y lloraba desconsoladamente. Estaba borracho.

Algunos campesinos cruzaron junto al automóvil y se quedaron observándonos. Una vez que habían pasado de largo se volvían para seguir mirando. Hassan —contra todas las normas marroquíes— no escondía la botella de vino. La sostenía frente a su rostro y, de vez en cuando, la acercaba a mis labios para que yo bebiese también.

Estuvimos bebiendo hasta que se hizo de noche. Al llegar a casa nos acostamos y luego me llevó a un lugar en las afueras del pueblo, donde la mayor parte de las viviendas estaba todavía en construcción y limitaba con los barbechos y basuras que servían de puerta al campo. Frente a las casas corría una pequeña acequia. Hassan se agachó y se quedó largo rato vomitando, mientras yo le sostenía la cabeza.

Entramos en una de aquellas construcciones que, desde el exterior, parecían deshabitadas porque, a través de las ventanas con celosías, no se adivinaba luz ninguna. Allí dentro, bajo una miserable bombilla, en un rincón del cuarto que servía como cocina, estaba acucillada una mujer. La imagen me pareció miserable y sentí una pena inmensa por aquel cuerpo encogido que esperaba la llegada de la noche.

—C'est Aixa —dijo Hassan, presentándomela; y luego se puso a hablar con ella en bereber.

La mujer me tendió la punta de sus dedos y levantó la cabeza.

Aquella imagen de Aixa tendiendo la mano para saludarme, mientras su cabeza surgía de las sombras de la cocina, iba a volver a golpearme al día siguiente, con las palabras que me dirigió en el bar el policía Driss.

—Vous progressez au Maroc —me dijo—. Vous commencez à parler l'arabe et vous vous débrouillez bien chez les marocains.

No sé por qué, pensé que Driss estaba glosando a su manera mi encuentro con Aixa. El policía había añadido:

—Hassan, ça va? Il vous soigne toujours bien?

Recordé el coche de Hassan avanzando por la Avenida de los Plátanos, con el policía Driss sentado junto al conductor y yo haciéndoles señas para que me viesen. El aislamiento de la gente de Mimoun era como el de esos árboles inmensos y solitarios cuyas raíces se buscan bajo la tierra. Cuando Aixa levantó la cabeza, descubrí que era bella y me di cuenta de que estaba acostumbrada a ganar todos los días. Los sentimientos de pena que había sentido al verla agazapada en un rincón de la cocina se habían vuelto contra mí mismo. Desde aquella primera vez, nos miramos con desconfianza. Estaba claro que íbamos a hacernos daño el uno al otro.

Habíamos cenado los tres juntos; y Hassan, después de preparar la cena, inauguró un juego que habría de repetirse en noches siguientes. Nos empujó a los dos, hasta hacernos caer al suelo, y él rodó a nuestro lado, mientras nos arrojaba almohadones. Bebimos, fumamos hachís y estuvimos jugando y abrazándonos hasta que Aixa se levantó para preparar el té. A partir de ese instante volvieron los buenos modales y la distancia.

Se opusieron a que me fuera cuando les expliqué que era hora de regresar a mi casa. Aixa me empujaba para que volviera a tumbarme sobre la colchoneta, y Hassan mezclaba el árabe con el francés, indignado.

—Tu ne peux pas aller chez toi tout seul à cette heure-ci. Tu auras des problèmes.

Por un momento, pensé que estaban proponiéndome que nos acostáramos juntos y decidí quedarme.

No fue así. Me invitaron a pasar la noche en la misma habitación en que habíamos cenado. Recuerdo que había una calavera de cabra montés colgada de la pared y que estuvo brillando por encima de mí toda la noche. En la oscuridad destacaba aquella lóbrega osamenta.

No conseguí dormir. Los escuché joder en la habitación de al lado y, luego, oí el trasego de baldes en el retrete y el chapoteo del agua. Se lavaron por turnos. Escuché la voz de Aixa que hablaba en la habitación mientras Hassan tosía en el baño.

Intenté escaparme de la casa en cuanto los primeros rayos de sol empezaron a filtrarse por las rendijas de la ventana, pero la puerta había sido cerrada con llave desde el interior y la llave no estaba en la cerradura. Tuve que permanecer en la cama hasta que Hassan se levantó. Sirvió un té y me hizo pasar a su habitación mientras se

vestía. Vi la silueta de Aixa en la penumbra. Dormía desnuda de cara a la pared.

Junto a la puerta de la calle, Hassan me besó en la boca y luego nos abrazamos con ansiedad. Estuvimos así, abrazándonos y mordiéndonos, durante un buen rato. El ruido de nuestros jadeos tenía que llegar por fuerza hasta la habitación en que dormía Aixa. Sin embargo, en el interior de la casa, nada se movió. Afuera, la luz había virado del amarillo al blanco, y los pájaros estaban dejando de cantar. El calor se apoderaba de todo.

Cuando, a la noche siguiente, el policía Driss me preguntó si Hassan seguía cuidándome bien, tuve la certeza de que alguien, desde algún lugar oculto, había tomado nota de todo lo ocurrido detrás de la puerta.

Tenía la impresión de que el policía Driss vivía sólo para vigilarme. Se instalaba en una esquina de la barra del bar y acechaba la puerta por la que yo acabaría entrando. Con su rostro huesudo y amarillo, parecía una alimaña enferma a la espera de su presa. En cuanto me veía, aquellos ojos adormecidos por el alcohol recobraban una insospechada vitalidad y seguían cada uno de mis movimientos. Yo procuraba situarme en algún lugar de la barra alejado del que él ocupaba, y fingía, cada vez, no haberlo visto.

Él me dejaba hacer durante un buen rato, hasta que, de repente, se ponía en movimiento; tomaba de un zarpazo su vaso de cerveza y avanzaba hacia mí, sorteando los ruidosos grupos de hombres que llenaban el local. Entonces parecía como si, a pesar de toda aquella multitud, nos hubiésemos quedado los dos a solas.

—Vous ne m'aimez pas —decía al llegar a mi lado—. Je le sais bien. Vous ne m'aimez pas.

Me invitaba a beber y me hablaba de España. Madrid era para él una ciudad bella y misteriosa, y no comprendía por qué razón yo me había visto forzado a abandonarla. «En plus, les filies —decía—, les filies doivent être très belles là-bas. Pourquoi venir ici, à Mimoun?» Era como si también él necesitara entender y, al no conseguirlo, se hubiese quedado anclado en la sospecha.

Yo intuía que su sospecha se había vuelto más insoportable desde que visité por primera vez la casa de Aixa. No tenía ninguna razón para pensar que Driss se había enterado de aquella visita nocturna, pero algo dentro de mí me decía que sí; y que, por alguna razón desconocida, ese conocimiento era la llave que podía cerrar la jaula en la que yo había acabado por entrar.

—Hassan ne vous présente pas à ses petites amies? —decía.

La llegada de Hassan al bar interrumpía, cada noche, el interrogatorio del policía. En cuanto Hassan cruzaba el umbral de la puerta, aquel hombre siniestro volvía a hundirse en su letargo alcohólico del que sólo la conversación conmigo había conseguido arrancarlo. Saludaba al recién llegado y, poco a poco, se iba perdiendo detrás de su vaso de cerveza y del estruendo de la barra. Hassan y yo abandonábamos el bar para ir a casa de Aixa. Dormíamos allí a diario. Yo era incapaz de negarme, aunque sabía lo que iba a sufrir. Me decía a mí mismo que sólo la curiosidad me empujaba a volver a aquella casa de las afueras, que desde el exterior parecía abandonada. Era horrible asistir a los mismos juegos cada noche.

Hassan guardaba una perra de caza en la azotea de la vivienda y nos habíamos acostumbrado a subir para llevarle la comida. Aixa se quedaba en la cocina, y Hassan y yo remontábamos la estrecha escalera en la que irremediablemente nos besábamos durante largo rato. En alguna ocasión incluso llegamos a masturbarnos de pie, en el descansillo, mientras en la azotea gemía la perra excitada porque nos había escuchado llegar.

Yo me engañaba pensando que si descubría los mecanismos que impulsaban la extraña conducta de Hassan, acabaría entendiendo el funcionamiento de aquel mundo que me torturaba. Fingía tomar a Hassan como objeto de análisis, pero en realidad me había enamorado de él.

También Rachida me vigilaba. Se había dado cuenta de que no regresaba por las noches a casa y aprovechaba cualquier ocasión para lamentarse y acusar a la gente de Mimoun.

—Il faut faire attention aux gens de ce pays —decía.

No sé lo que sospechaba, aunque resultaba evidente que había extremado su odio por Hassan. Seguía trabajando en casa de Francisco, adonde había vuelto después del intento de suicidio, y no era extraño que regresara con pequeños regalos que él le entregaba para mí: algún libro, una cerámica, o flores que yo ni siquiera llegaba a ver marchitarse porque desaparecían del jarrón al día siguiente de que Rachida las hubiese colocado.

Yo echaba en falta algunas cosas de la casa, pero no me sentía con fuerzas para enfrentarme con Rachida. Sabía que, como a Francisco, también a mí me robaba, pero la casa me interesaba cada día menos. Había llegado a no vivir en ninguna parte: pasaba el día dando tumbos por la medina, comía en cualquier sitio, frecuentaba los bares y dormía en el salón que tenía colgada de la pared la calavera de una cabra. Había dejado por completo de escribir, no leía y era incapaz de encontrar un instante de lucidez, agobiado por el alcohol y por la ansiedad que me producían los precipitados contactos con Hassan en la escalera que conducía a la azotea, mientras las uñas de la perra arañaban la puerta.

También la ciudad parecía dormir el letargo de una larga borrachera. El polvo y el calor lo cubrían todo en aquellos últimos días del estío. Las plantas del jardín se habían agostado, y todo estaba seco y amarillo. Era como si el desierto hubiese ido cayendo imperceptiblemente sobre nosotros, traído por el aire ardiente, y hubiera acabado por ocuparlo todo sin que nos diésemos cuenta. Una niebla sucia cubría la mole del Bou Iblan, que ya no era azul y acuática como en la pasada primavera, sino rojiza y de fuego, en los interminables atardeceres. Cuando estalló la primera tormenta, aquel polvo que había estado flotando por todas partes se endureció y recubrió como un maquillaje las plantas enfermas y las casas.

Por aquellos días vi por última vez a Charpent. Rachida me había comunicado en varias ocasiones sus visitas. En ningún caso dejaba mensajes o encargos. Se limitaba a preguntar por mí desde la puerta de la casa y a marcharse cuando Rachida le decía que yo no estaba. La verdad es que había pensado en subir a la Creuse, pero no tenía demasiadas ganas de volver a encontrarme con Francisco y me desanimaba el empinado trayecto a pie bajo aquel sol abrasador que se instalaba sobre Mimoun desde el amanecer y del que sólo me libraba la cerveza.

No visitaba a Francisco ni a Charpent, los españoles de Fez se habían ido de vacaciones a principios del verano y hacía casi dos meses que la Facultad había cerrado sus puertas. Vivía en Mimoun como si hubiese ido desnudándome de todo, y me quedé a solas con un paisaje que también se iba borrando tras el polvo y el sol

hasta no parecer más que el decorado irreal de una pesadilla.  
Entonces sobrevino el final de Charpent.

Me encontré con Charpent pocos días antes de su muerte. Vi su automóvil aparcado a la puerta de la tienda de un judío que expendía alcoholes en la Avenida de los Plátanos y pensé que él debía encontrarse en el interior del local. El automóvil estaba ocupado por tres marroquíes: una mujer con aspecto de prostituta permanecía con el rostro cubierto junto al vacío lugar del conductor, y dos hombres vigilaban la calle desde el asiento trasero. Uno de ellos se volvió al verme entrar en la tienda.

Era un tipo fuerte, de piel oscura, y con un bigote descuidado que le ocultaba la boca. Iba a volver a cruzarme con él meses más tarde y, en esa segunda ocasión, comprendería que era necesario que abandonase cuanto antes Marruecos. Aquella tarde, ante la tienda del judío, nuestras miradas se cruzaron con tal intensidad, que me vi obligado a desviar la mía. Hay ocasiones en las que un gesto así resulta suficiente para el odio.

Pobre Charpent, pensé una vez más, sin darme cuenta de que en aquella ocasión mi pensamiento se convertía en un presagio.

Me alarmó la fragilidad de Charpent junto al Mostrador, pagando las botellas que guardaba en una enorme bolsa de viaje. Sonrió al verme y se le alegraron sus ojos enrojecidos. El hombre del automóvil seguía mirándonos y me pareció que Charpent había mirado hacia él antes de sonreírme. Después, me abrazó.

Jamás había encontrado a Charpent tan comunicativo. Insistió en que era necesario que pasara cuanto antes por su casa. Necesitaba verme, dijo. Al parecer, había vuelto a escribir algunos poemas y quería que yo los leyera. Tenía buenas noticias para mí.

—A la fin, le Maroc, ça sert à quelque chose —insistió—. Ce sont les meilleurs poèmes que j'ai jamais écrits dans ma vie. On dirait que c'est un uutre qui les a écrits: un petit dieu que je n'ai pas le plaisir de connaître. C'est dur ce pays, mais il finit par donner à chacun plus de ce qu'il mérite.

Le prometí que iría pronto a verlo. Charpent se había puesto triste mientras hablaba de Marruecos. Me tendió la mano al despedirse. Le brillaban los ojos de un modo extraño. Había vuelto a dirigirlos hacia el automóvil aparcado ante la puerta y cogió precipitadamente la bolsa con las botellas de vino.

—Vous m'excusez. On m'attend —se disculpó. Y luego, sin cambiar la expresión del rostro, como si tuviera miedo de que alguien pudiese advertirlo, dijo precipitadamente—: Aidez-moi, Manuel. J'ai peur. Peut-être Rilke avait raison, vous souvenez-vous?

Me hubiera gustado decirle que se quedase, pero no fui capaz de dirigirle la palabra. Cruzó precipitadamente frente a mí y ni siquiera se volvió para mirarme al abrir la portezuela del coche. El tipo de bigote seguía con los ojos fijos en mí: como si estuviese fotografiándome para no olvidarme nunca. Escuche el ruido del motor al ponerse en marcha y la voz del judío que me preguntaba:

—Est-ce que vous désirez quelque chose?

Compré un par de botellas de vino y salí del local convencido de que Charpent me necesitaba y de que yo no podía hacer nada por él. Aquella noche no fui al bar, y cuando Hassan se presentó en mi casa, supe que tenía que decirle que no, que no iría a pasar la noche con él y con Aixa. Charpent me había llamado desde una jaula que estaba situada frente a la mía y yo no había podido hacer nada porque había entregado las llaves a alguien que se parecía al hombre del automóvil. Nunca había odiado tanto a Hassan.

La noche del último día en que vi a Charpent brilló en el cielo una luna redonda y roja. Yo tenía ganas de llorar, como si ya supiera lo que iba a ocurrir días más tarde. Algo de lo que también Hassan era culpable. La soledad de Charpent ante el mostrador del judío me parecía un pecado colectivo del que nadie iba a poder nunca lavarse.

Cuando días más tarde Francisco se presentó en mi casa para contarme que Charpent acababa de ahorcarse, me pareció como si leyese una noticia en un periódico atrasado. La voz del almuédano caía lentamente sobre Mimoun; era como si el calor la acunara durante un buen rato antes de que acabara confundiéndose con el polvo de la ciudad exhausta. El cielo se había vuelto opaco desde meses antes y el silencio silbaba por los callejones vacíos. Hubiese cometido un error quien se atreviera a hablar aquella tarde de justicia.

La muerte de Charpent convirtió los últimos días del verano en una pesadilla. Rachida había descubierto el cadáver, que pendía de una cuerda en el centro del salón de la casa de la criada del misionero. La puerta estaba abierta, y los perros entraban y salían muy agitados. Rachida había llamado a gritos a Francisco y, luego, se negó a acompañarlo a la comisaría de policía. «Nous, les marocains, on a toujours des emmerdements», dijo antes de convertirse en un misterioso camaleón, que deseaba borrarse entre las multitudes anónimas que poblaban los zocos del país. Rachida no volvió a pronunciar una sola palabra en francés. Abandonó los privilegios que le había proporcionado la lengua extranjera, y se quedó en silencio hasta el momento en que los policías entraron en la Creuse para interrogarla. Habló con ellos en árabe y, después, recogió sus cosas y se marchó.

Aquel mediodía no se veían las casas de Mimoun desde la Creuse. La población permanecía oculta bajo un manto de niebla hirviente. El cadáver de Charpent despedía un olor suave, que Francisco se empeñó en describirme durante los días que siguieron. Al parecer, no era un olor fuerte, aunque sí pegajoso: como un agua podrida que se le fue colando por todos los poros y se le quedó estancada dentro del cuerpo.

—No consigo quitarme ese olor —se quejaba Francisco.

De regreso de la Creuse, Rachida pasó por mi casa, aprovechó que me encontraba en Fez y se llevó los harapos con los que se vestía para trabajar y tres o cuatro objetos que yo le había vagamente prometido. Se abonó ella misma los días de trabajo que tenía pendientes de pago, robando algunos dirhams de la caja en la que yo acostumbraba a guardar el dinero.

Además de la policía, sólo Rachida y Francisco vieron el cadáver de Charpent, que fue trasladado aquella misma tarde a Fez sin pasar por el hospital de Mimoun, donde trabajaba como médico un compatriota del ahorcado. Al día siguiente, corrió el rumor de que su familia lo había reclamado desde Francia, y había enviado una fuerte suma de dinero para sufragar los gastos del transporte. Francisco decidió que el destino de aquel cuerpo sin vida era lo que más le importaba en el mundo.

Buscó entrevistarse con los familiares de Charpent, pero nadie fue capaz de darle detalles acerca de ellos. Ni siquiera el cónsul francés —de ordinario tan meticuloso— pudo ofrecerle ninguna indicación. Tampoco sus compatriotas sabían nada de cuál había sido la vida que llevó Charpent antes de instalarse en Marruecos. Lo único que Francisco consiguió averiguar fue que la parte del salario que el Ministerio le ingresaba a Charpent en Francia se acumulaba, cada mes, en cierta cuenta bancaria de París a la que nadie, que no fuese él mismo, tenía acceso. Sobre esa cuenta bancaria centró Francisco sus investigaciones. Charpent se había convertido para él en una obsesión.

No sé con qué artimañas, y sin más arma que el teléfono, consiguió quebrar el

secreto que guardaban los fríos empleados parisinos y comprobó que, en los últimos años, no se había llevado a cabo ninguna operación en la cuenta de Charpent. Sólo, en una fecha que coincidía con el día siguiente de su muerte, alguien había retirado mediante un cheque una suma de dinero equivalente a la que se recibió en Fez para los gastos de traslado del cadáver.

—Seulement un chèque signé par monsieur Charpent aurait pu autoriser le remboursement —le dijeron a Francisco.

La cantidad desembolsada por el banco de París había llegado a Fez por medio de un giro postal. El desconocido remitente no se había molestado en precisar a qué lugar de Francia debía ser enviado el cadáver.

—Mais, monsieur Charpent était déjà mort ce jour-là —insistía Francisco, que no quería entender que ese cheque podía haber sido firmado días antes, o sencillamente falsificado. Después de muerto, Charpent pagaba su propio entierro.

Tuve ocasión de asistir a algunas de las conversaciones telefónicas que Francisco mantuvo desde el locutorio del Centro Español en Fez. Aún lo recuerdo, más pálido y delgado que nunca, y con la frente perlada de un sudor que no conseguía llegar a explicarme cómo podía seguir brotando de aquel cuerpo reseco. Fez ardía. Todo cuanto uno tocaba estaba caliente: los muebles de la casa, las paredes, el suelo. Hacía meses que no caía ni una gota de agua sobre la ciudad, que parecía agonizar bajo un manto blanco de calima. Sólo al atardecer se rompía el silencio que lo asfixiaba todo, aunque el calor duraba toda la noche.

El cadáver de Charpent esperaba destino, encerrado en un ataúd de zinc, sellado y guardado en una cámara frigorífica de la morgue de Fez. Tuve ocasión de ver aquel macabro ataúd, que nos fue mostrado a Francisco y a mí por uno de los guardianes de la morgue previo abono de un buen puñado de dirhams. Nadie estaba autorizado a abrirlo, rompiendo los sellos que la policía y el juez habían puesto en su tapa. Nadie, pues, pudo volver a contemplar el cadáver, a pesar de la insistencia de Francisco, que se empeñó en asegurar que Rachida y él habían observado señales de violencia en el cuerpo que encontraron colgado de un pedazo de cuerda en la vieja casa de la criada del misionero.

—Estaba cubierto de moretones y de llagas que a mí me parecieron quemaduras —explicaba Francisco—. Charpent no se suicidó. Aquella madrugada oí voces y música en su casa.

Francisco repitió ante los españoles de Fez esa versión que ya me había contado a mí, volvió a hacerlo ante el cónsul francés y, lo que es peor, aumentó los detalles cuando habló con la policía marroquí. Pensé que, una vez más, se equivocaba y tuve ocasión de comprobarlo cuando, a la salida de la morgue, descubrí que alguien nos seguía por los vacíos bulevares de la ciudad.

De repente, nos habíamos quedado solos en Mimoun, a pesar de lo cual Francisco y yo tuvimos buen cuidado de no proponernos volver a vivir juntos. En el bar yo estaba convencido de que los clientes habituales me trataban con frialdad, aunque

nadie parecía haberse enterado de la muerte de Charpent. En ocasiones culpaba a mi propia paranoia de ese convencimiento. Hassan no aparecía por ninguna parte. Yo no sabía si quería volver a verlo o no, pero su ausencia me inquietaba: ni siquiera su familia sabía nada de él. Al parecer se había ido con Aixa y sus hermanos a la montaña, huyendo del calor que nos asfixiaba a todos.

También Rachida había abandonado su casa. Era como si mi vida en Marruecos hubiese sido una obra de teatro y, concluida la representación, los actores se hubieran marchado. Cuando acudí para interesarme por Rachida, me recibió su hermana, una mujer asustada que, por toda explicación, se limitó a decirme:

—Safara. Se ha ido de viaje.

Aquella misma tarde se presentó el policía Driss en mi domicilio para interesarse sobre cuáles habían sido mis relaciones con Charpent. Por un momento llegué a pensar que insinuaba que yo había tenido algo que ver con aquella muerte. Me asusté. Hacía días que estaba asustado.

—Il vivait trop seul. Il était trop déprimé —dije.

—Alors, vous pensez qu'il avait des raisons pour se suicider —afirmó él—. C'est ça. Ici, au Maroc, il y a des étrangers qui sont tombés sur la tête. Çe n'est pas bien de dire des choses comme ça à propos de quelqu'un qui vient de mourir, mais, vous savez, le rouge, le hachish.

Me explicó lo difícil que podía llegar a ser vivir en un país extraño, sin hijos, ni mujer, ni familiares. El policía Driss olía a alcohol y se mostraba conmovido. Su discurso se parecía al de un padre:

—C'est difficile d'habiter entre nous sans famille. Quand il se sent seul, trop seul, loin de son pays, l'homme devient dangereux.

Estábamos de pie en el salón de casa, el policía Driss había apoyado la mano sobre mi hombro y acercaba su cara a la mía. Podía oler su aliento sucio de alcohol. Por un momento llegué a pensar que iba a besarme en la mejilla, porque nuestras caras se rozaban. Entonces repitió:

—... dangereux.

Y me di cuenta de que me estaba amenazando.

Francisco se derrumbó al enterarse de que ya no estaba en la morgue el ataúd con el cadáver de Charpent. Su fuerza de voluntad se esfumó y, lo que es peor, perdió aquel valor que le había llevado a decir ante todo el mundo que Charpent había sido asesinado. Como si el estallido de las primeras tormentas hubiera roto la tensión que lo había mantenido en permanente actividad bajo el calor abrasador de Fez.

Fueron tormentas como aldabonazos. Caían sobre Mimoun durante apenas media hora, y arrancaban las ramas de los árboles y destrozaban los tejados de las casas más frágiles de la medina. Después, volvía a salir el sol, y secaba las hojas muertas y evaporaba el agua de los charcos. El aire se volvía espeso, como el vaho del jamán, casi irrespirable.

Francisco se había convertido en un animal acorralado. Se daba cuenta ahora de todo lo que había dicho y de que no había servido para nada. Nadie, ni en Mimoun ni en Fez, había parecido escuchar sus teorías acerca de la muerte de Charpent; sin embargo, si había uno o varios asesinos, sabían lo que pensaba Francisco, y tenían las manos libres para actuar. En cualquier caso, fueran verdad o mentira sus historias, Francisco estaba aterrorizado.

—¿Te das cuenta? Si han sido ellos, acabarán haciéndome pagar.

A mí no me gustaba que bajase a mi casa para contarme que alguien había intentado forzar la puerta de la Creuse durante la noche, o que había encontrado una serpiente quemada en el salón. Sentía que estaba envolviéndome en algo turbio que no podía tener buen fin. A veces pensaba que eran sólo imaginaciones suyas. En otras ocasiones, tenía la certeza de que él ya estaba en peligro y de que, de alguna manera, estaba poniéndome en peligro también a mí.

En el bar, sólo el policía Driss continuaba interesado en hablar conmigo. Los demás me saludaban con un gesto de la cabeza y se volvían a mirar sus vasos. Si invitaba a alguien, se limitaba a agradecer la invitación a distancia.

Hassan había regresado de la montaña. También él parecía haber sido infectado por aquel clima de sospecha que me envolvía. Era como si todos supiesen que yo padecía una enfermedad contagiosa y no quisieran decírmelo. Hassan bebía a mi lado en la barra del bar, pero se despedía a la salida, sin invitarme a ir a casa de Aixa. Evitaba rozarme y, cuando nos encontrábamos, me tendía la mano con desgana.

Una noche, pareció que todo había empezado a cambiar y que volvía a ser como antes. Hassan estuvo nuevamente hablador, bebimos una buena veintena de cervezas cada uno y, luego, compramos botellas de vino con la intención de tomarlas en casa. Mis dudas acerca de Hassan se habían esfumado. Deseaba más que nunca su amistad. Mimoun, sin él, se me había convertido en un infierno durante un interminable mes.

—Je t'aime bien —le dije—. Tu es mon meilleur ami.

Entramos en mi casa cogidos por los hombros y tambaleándonos. Estábamos muy borrachos. Él cerró la puerta y echó el pestillo. Era lo que acostumbraba a hacer

cuando buscaba que bebiéramos y nos acostásemos juntos. Abrí una de las botellas de vino, y me senté a su lado. Se había quitado la camisa y tarareaba una canción. Le alargué la botella y se bebió la cuarta parte de un trago largo y lento. A su lado yo escuchaba el ruido que hacía el vino al pasar por su garganta. Le puse la mano sobre la pierna. Él no se movió hasta que no hubo acabado de beber. Después, en vez de devolverme la botella, la guardó entre las piernas, se volvió hacia mí y me miró fijamente. Tenía los ojos como los de un gato rabioso.

—Tu ne vas pas bien? —le dije.

Se removió sobre la colchoneta y apartó de un manotazo la botella.

—Je vais bien. Très bien —respondió.

Estaba borracho. Siguió tarareando durante un buen rato, sin dejar de mirarme.

—Déshabille-toi —me dijo.

Empecé a quitarme la camisa. Él continuaba Inmóvil. Estábamos los dos desnudos de medio cuerpo para arriba.

—Déshabille-toi —repitió—. Le pantalon aussi.

Iba a empezar a desabrocharme el pantalón, pero vi que Hassan no se movía.

—Et toi, tu ne vas pas te déshabiller? —le dije.

Se puso en pie de un salto y luego cayó sobre mí golpeándome.

—Déshabille-toi. Je veux te couper les couilles, espagnol de merde. Pour qui tu m'as pris? Je ne suis pas une tapette.

No tuve tiempo de reaccionar. Me había golpeado primero en el rostro y, a continuación, en la boca del estómago. Me doblé por el dolor y empecé a vomitar la cerveza que acababa de tomar. Perdí el conocimiento mientras vomitaba. Sólo me di cuenta de que, mientras caía, Hassan siguió dándome golpes y patadas.

—Je ne suis pas une tapette —repetía.

No volví a bajar al bar. Compraba botellas de vino en la tienda del judío y me las bebía a solas en casa. Apenas comía. Faltaban pocos días para que se reanudara el curso y los pasaba procurando que el alcohol no me dejase sentir nada; pero las noches eran interminables y no conseguía matar el tiempo ni siquiera durmiendo o leyendo. De madrugada, excitado por la resaca y el insomnio, me odiaba a mí mismo y rompía los objetos de la casa. Nadie venía a limpiar. El suelo estaba lleno de vidrios, papeles y basura. No tenía ni un céntimo. Ni siquiera podía pensar en volver a España. Mimoun volvía a resplandecer otoñal y magnífica. Las hojas de los árboles empezaban a dorarse y el cielo aparecía limpio. De vez en cuando, llovía. Ya no se trataba de tormentas, sino de una lluvia que caía durante horas enteras volviéndolo todo suave, como un útero.

Cierta tarde, cuando ya había reanudado las clases en Fez, y pensaba que la situación podía ir recomponiéndose poco a poco, Francisco me pidió que lo acompañase a la Creuse. Estaba aterrorizado. Alguien había ahorcado uno de los perros, atándole al cuello una cuerda de piano. La ciudad, aunque pudiese parecer mentira, estaba más hermosa aún que en los primeros días que pasé en ella. Desde la

ventana de la Creuse se veían la tierra roja de Mimoun y las doradas hojas de los árboles.

Le pedí a Francisco que se marchara de Mimoun. Se había metido en una ratonera y, de rebote, había acabado metiéndome también a mí. Los asesinos de Charpent —si es que Charpent había muerto asesinado— tendían sus redes por todo el país: los ruidosos zocos, las barras de los bares, las aulas de la Universidad. Yo tenía miedo, y Francisco también, aunque yo no acabase de entender cuál era su manera de vivir el miedo. Como si estuviera pidiendo un rápido castigo, se arriesgaba más que nunca: frecuentaba los lugares más ambiguos y la peor gente. Se rodeaba de amantes ladrones y confidentes. Volvía a fumar en el café del morabito y, al parecer, regresaba de madrugada a la Creuse con gente que intentaba chantajearle y, con frecuencia, le robaba. Por la mañana sentía miedo de lo que había hecho durante la noche, y acudía a mi casa para contarme cómo alguien lo había amenazado, o se había escapado al amanecer llevándose dinero o algún objeto de la Creuse.

—Me da miedo dormir solo allí arriba —intentaba explicarme. Se diría que Francisco sabía que estaba condenado y tenía prisa porque alguien ejecutase la sentencia. Sólo el castigo podría devolverle la paz.

El inicio del curso había puesto un leve principio de orden en mi vida. A pesar de que seguía bebiendo, me veía obligado a hacer el esfuerzo de ir a Fez varios días por semana para dar las clases. No sé de dónde conseguía sacar las fuerzas para acudir a Fez, pero logré no faltar a clase ningún día, aunque el Departamento de español me producía náuseas. Abd-el-Jaq se había convertido en el más seguro candidato a la dirección, y se cruzaba conmigo por los pasillos de la facultad sin saludarme. Había pasado el verano en algún lugar de la Costa del Sol y regresó disfrazado de veraneante madrileño.

Yo también quería irme de Mimoun, pero me producía una inmensa fatiga la sola idea de recoger los libros y emprender el viaje de regreso a Madrid. Acabó de convencerme Sidi Mohamed, que acudió a mi casa preocupado porque hacía meses que yo no bajaba a visitarlo. Se quedó paralizado al ver el desorden reinante en la casa y la suciedad acumulada por todas partes.

—Je ne peux pas vous inviter à un thé —le dije—. Il n'y a pas de thé à la maison.

En la casa no había más que botellas vacías, vidrios rotos y montones de basura. Limpié una de las colchonetas para que Sidi Mohamed pudiera sentarse. Hacía meses que no cambiaba las sábanas y que no lavaba las camisas. Todo estaba sucio y olía mal. Sidi Mohamed se quedó mirando en silencio, desde su rincón, aquel cuarto inmundo.

—Monsieur Manuel —me dijo—. Hassan n'est pas bon. Il vous a laissé trop seul. Il faut que vous reveniez à notre maison. Là on vous aime bien. Vous êtes pour moi le meilleur fils qu'Allah ait voulu me donner.

Me cogió la mano durante largo rato antes de marcharse y, por la tarde, envió a dos de sus hijas para que limpiasen la casa, lavaran la ropa y me preparasen un tajín.

Durante horas las escuché remover los enseres y, cuando se marcharon, todo estaba limpio y en su sitio. Olía a lejía y a comida. El tiempo que permanecieron allí, las oí bromear y reír. No supe con qué obsequiarlas cuando se fueron. Cerré la puerta de la casa y me eché a llorar. Estuve largo rato llorando sobre la cama. Por la ventana entraban melancólicas luces de atardecer de otoño. Luego, me quedé dormido y me desperté aterido de frío. La ventana de la habitación se había quedado abierta y había empezado a llover. Miré el reloj. Era media noche. La ciudad dormía, y podría decirse que dormía en paz. El agua caía sobre la hierba del jardín y sobre el tejado de la casa.

Deambulé bajo la lluvia sin angustia, como si quisiera, empapándome, comulgar con aquel país silencioso. Tal vez, en algún lugar anónimo, se mojaba el cadáver de Charpent. La muerte parecía haberlo reconciliado con aquella tierra dura. Bajo la lluvia tenía la certeza de que el cuerpo de Charpent no había regresado a Francia, de que nunca iba a regresar. Se quedaría allí para siempre, confundido para toda la eternidad con la tierra roja que le había dado refugio. Los niños de Mimoun escribirían algún día signos incomprensibles en el reverso de los folios sobre los que Charpent creyó escribir lo mejor de su vida. Me parecía escuchar sus palabras en la tienda del judío: «On dirait que c'est un autre qui les a écrits: un petit dieu que je n'ai pas le plaisir de connaître. C'est dur ce pays, mais il finit par donner à chacun plus de ce qu'il mérite.»

Misteriosas formas del amor. Un pequeño dios, sobre el que llovía. Un país hostil, sobre el que llovía mansamente. También caía la lluvia sobre mí, concediéndome una paz extraña. La lluvia caía sobre los muertos que miraban hacia La Meca desde sus tumbas anónimas. Las sordas pisadas de los perros empapados por la lluvia.

Los plátanos de la avenida conservaban todas sus hojas, a pesar de lo avanzado de la estación, y las gotas de agua resbalaban sobre la superficie de las hojas y, a continuación, caían a plomo sobre el suelo encharcado. La soledad de los árboles, cuyas raíces se buscaban bajo la tierra. Una vida era poca cosa para comprometer a todo un país, ni siquiera a una ciudad. La geografía cumplía sus reglas: había llegado el lluvioso otoño de Mimoun y sólo yo, vagabundeando a aquellas horas de la noche, parecía turbarlo.

A la mañana siguiente bajé a visitar a Sidi Mohamed. Se alegró al verme entrar en el salón de su casa, me ofreció un té y me tomó dulcemente de la mano.

—Marhababik, monsieur Manuel —me dijo—. Bienvenido.

Durante largo rato mantuvo mi mano entre las suyas. Luego quiso servirme él mismo el té y se quedó mirándome sin dejar de sonreír. Yo manejaba el vaso, la cucharilla, el pan, y él me miraba como si fuera un padre viendo jugar a su hijo pequeño con un rompecabezas. Me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque no había dejado en todo el tiempo de sonreír.

—Retournez en Espagne, monsieur Manuel. C'est votre pays. Vous allez me manquer beaucoup, mais allez-y.

No me atreví a abrazarlo. Tal vez fuera suficiente que él me estuviese viendo allí, en el salón de su casa, tomándome el vaso de té en silencio. Ahora sabía que tenía que irme cuanto antes. Sidi Mohamed acababa de devolverme la fuerza y tenía que irme antes de perderla. De regreso a mi casa, ya había tomado la decisión. Con el sueldo del siguiente mes, compraría el pasaje de vuelta y liquidaría las deudas contraídas. Volvería a Madrid. Los amigos me ayudarían hasta que encontrase algún trabajo.

Durante los siguientes días, insistí a Francisco para que él también se marchara. Todo fue en vano. Tenía posibilidades de encontrar otra plaza en Tetuán, en Tánger, en el sur, pero quería permanecer en Mimoun. Ni siquiera podía ya escuchar música, porque le habían robado el tocadiscos; la Creuse estaba tan desordenada como había estado mi propia casa. ¿Qué seguía atándole a Mimoun? Se pasaba las horas muertas mirando la arboleda, sin hacer absolutamente nada y, por las noches, subía al café y buscaba compañeros para la cama. Ésa era toda su vida y, sin embargo, se empeñaba en defenderla. También él había perdido las fuerzas y nadie había sido capaz de devolvérselas.

Una vez tomada la decisión de irme, nada me afectaba: ni siquiera descubrir que alguien removía mis papeles y desordenaba los estantes de la casa aprovechando mis ausencias en Fez; o que, una tarde, apareciese roto el espejo del baño. Tenía la sensación de estar ya muy lejos de todo aquello. Aunque cierto día volvió a asaltarme el miedo. Por la mañana, cuando iba en taxi desde la Plaza del Atlas a la Facultad, vi al tipo de bigote que acompañaba a Charpent cuando me lo encontré, por última vez, en la tienda del judío. Cruzó ante el automóvil en un semáforo y se quedó mirándome fijamente como en la primera ocasión. Iba vestido de uniforme. Por la tarde, volvimos a encontrarnos. Sin duda había esperado mi salida de la Facultad. Me siguió hasta el Café del Atlas y, una vez en el interior, se acodó en la barra frente a mí. Se limitó a mirarme y a escupir un par de veces contra el suelo.

Después, un atardecer, Mimoun se llenó de humo y llovieron sobre la ciudad cenizas malolientes que tiznaban las fachadas de las casas y las sábanas tendidas en las azoteas. Por encima de Mimoun se elevó durante horas una gigantesca llamarada y, luego, un humo negro que no encontraba fuerzas para subir al cielo. Pude ver el incendio desde la huerta de mi casa. Ardía la Creuse, y las llamas alcanzaban la arboleda que la rodeaba. Las azoteas de Al-Manzel se habían llenado de mujeres y niños que contemplaban el incendio en silencio. La gente levantaba el dedo índice, señalando la casa en llamas y luego invocaba a Allah. Nadie hizo un gesto para extinguir el fuego; era jueves, día de zoco, y los animales se movían inquietos en el patio del funduk.

No sé por qué me extraña el hecho de que nadie acudiese a la Creuse para detener el fuego, si yo mismo me quedé abajo, en la ciudad, viendo cómo las llamas lo devoraban todo, y hasta puedo decir que me pareció tan irremediable que ni siquiera pensé en acudir. Busqué —eso sí— los lugares en que la visibilidad era más perfecta. Vi las llamas desde la huerta de casa, desde el prado en que acostumbraban a emborracharse en la orilla del río los alcohólicos, desde el desordenado patio del funduk y desde el barrio colonial francés, con sus viviendas descuidadas y sus jardines abandonados. Paseé por Mimoun hasta la puesta del sol, cuando ya se había extinguido la humareda sobre las ruinas de la Creuse; entonces me decidí a emprender el ascenso del camino y busqué en vano a Francisco. Me encontré con el silencio de los muros calcinados. Era una magnífica tarde de otoño. Cruzaban bandadas de aves blancas rumbo al sur y ya habían caído las primeras nieves sobre la mole soberbia del Bou Iblan. En torno a la Creuse apestaba a gasolina.

—Lhafia —me dijo alguien, mientras regresaba a mi casa—. Ha sido un horno durante toda la tarde.

Recogí los objetos indispensables y tomé un taxi con destino a Fez, porque no quería dormir aquella noche en Mimoun. Ya nunca más volvería a dormir allí. Cuando llegué al piso de los españoles de Fez, me enteré de que Francisco había telefoneado desde la comisaría de policía para contarles lo ocurrido. Al parecer, había sido interrogado durante horas como si hubiera sido el culpable del incendio de la casa. Llegó de madrugada, con la ropa hecha jirones y víctima de un ataque de nervios. Aquella noche no dormimos ninguno de los españoles de Fez.

—Han sido ellos —sollozaba Francisco—. Olía a gasolina y ardieron al mismo tiempo el bosque y la casa. Nadie vino a apagar el fuego.

Qué más daba todo ya. Él seguía empeñado en quedarse allí. Sin nada, pero allí. Y a mí no me quedaba más que recoger los escasos enseres transportables: los libros, las carpetas, la ropa. Mimoun se había quedado lejos como una pesadilla. Yo estaba a salvo.

En eso pensaba mientras recogí las cosas y las fui poniendo en cajas, para poder

meterlas en el coche de Alcira. Ni siquiera me despedí de Sidi Mohamed. A Hassan sí que lo vi. Alguien le avisó de que estábamos vaciando la casa y se presentó de improviso. Quería hablar a solas conmigo. Pedí disculpas a Alcira, que se quedó esperando entre las cajas a medio llenar, y Hassan y yo nos fuimos a dar una vuelta en su automóvil. Se echó a llorar en cuanto salimos del pueblo, por el camino que conducía a los lagos. Sacó una botella de vino.

—Reste ici, Manuel —suplicaba—. Tu es mon seul ami dans ce trou. Excuse-moi.

Nos bebimos la botella, y luego otra. Hassan lloraba con la cabeza apoyada sobre el volante del automóvil. Se hizo de noche.

—Je dois partir, Hassan —le dije—. Alcira attend.

Él puso en marcha el coche, sin dejar de llorar. Luego, cuando llegamos frente al bar, me dijo:

—On prend la dernière ici, comme d’habitude?

Entramos en el bar. Allí todo el mundo sabía que yo me marchaba. El policía Driss se había salpicado los pantalones al orinar y apenas podía tenerse en pie. Me besó en la mejilla.

—Monsieur Manuel, vous nous quittez. Laissez-moi votre adresse. Peut-être vous pourriez me trouver quelque chose là-bas: un petit travail en Espagne. C’est bien l’Espagne.

Hacía esfuerzos por no caerse. Llevaba un pantalón claro y las manchas de orina le llegaban hasta la rodilla. Al hablar, me salpicaba con la saliva. Me dio asco. Le pedí a Hassan que nos marcháramos.

Alcira esperaba junto a la casa. Se había sentado al lado de un macizo de flores y fumaba mirando las primeras estrellas que acababan de aparecer en el cielo. Era como si hubiese estado allí desde siempre y formase parte de todo aquello. Como si no hubiese estado nunca en ninguna parte y, por eso, estuviera condenado a seguir viviendo. Al vernos, tiró el cigarrillo y dijo:

—¿Nos vamos?

No nos había esperado para cargar las cajas. Las había cargado él solo y estaba todo a punto. Subimos al coche. Antes de que Alcira lo pusiera en marcha, Hassan introdujo la mano por la ventanilla.

Se perdió tras la primera curva del camino. Se había sentado en el suelo y lloraba con la cabeza metida entre las piernas. Después, pasamos bajo el túnel negro de los plátanos y vimos las luces de Batij sobre una ladera, como si una ola se las llevara para siempre. La noche estaba clara y, por encima de las sombras de los olivos, había millones de estrellas.



RAFAEL CHIRBES. Tavernes de la Vallidigna, 1949. Desde los ocho años estudió en colegios de huérfanos de ferroviarios, estudió Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, fue profesor de español en Marruecos y durante algún tiempo se dedicó a la crítica literaria y posteriormente a otras actividades periodísticas, como las reseñas gastronómicas y los relatos de viajes. Dice que por culpa de unos análisis ha pasado de tomarse diez gin tónicos diarios y fumarse tres paquetes de tabaco «a nada», de ser «un adolescente inconsciente» a un «anciano enfermo», de un epicúreo a un estoico. Junto a su trasteado ordenador, una leída y releída edición de San Juan de la Cruz, obras de Peter Handke y de Gracián, botellas de agua y una cama sin hacer. Vive solo con dos perros, Tomás y Ramonet, en una casa que le compró a un camionero jubilado hace diez o doce años a las afueras de Beniarbeig, en la carreterita que se aleja sinuosa de las tapias del cementerio, en una región tan hermosa como degradada por urbanizaciones y puticlubs como buena parte de los personajes, endiabladamente humanos, de su paisaje literario. Allí saluda a los vecinos por su nombre. Nada distingue al escritor, salvo su vida interior.

Su primera novela, *Mimoun* (1988), quedó finalista del Premio Herralde de Novela.